

Cuéntanos tu Locura



Editorial Arriba del Pegaso ediciones.

Cuéntanos tu locura
Editorial Arriba del Pegaso ediciones 2015.

Diseño y diagramación a cargo de grupo Arriba del Pegaso

Impreso en Santiago de Chile por
Editorial Arriba del Pegaso ediciones.
Primera edición
Noviembre 2015, Santiago de Chile

Contacto:



*Se permite la reproducción parcial o total de la obra
sin fines de lucro y con autorización previa del autor*

Agradecimientos

A todos los participantes: Luna Henríquez Olivares, Alejandro Marquez Troncoso (@I4NIC0XXX), Anibal Estevez Figueroa, Javier Gómez Rahmann, Raúl Calvo Trincado, Emily Wood, Jorge Gutierrez Martinez, Rodrigo Sierra Medina, Claudia d'Agostino, Rafael García, Carlos Castro Saavedra, Roberto Salas Miño, Andrés Baeza, Matias Paredes, Camila Ovalle Sazie, César Berrios Berrios, Nicole Aguilar, Nicole Rojas y **a todo el equipo entusiasta de esta hermosa Editorial Arriba del Pegaso** revolucionando a nuestras mentes en una locura sin fin en este mundo nada cuerdo que esta alimentado nuestra imaginación

A la **“Agrupación de amigos por la gestión laboral”** que nos animó a creer en nosotros y desplegar las alas en el mundo real, especialmente a Cristian Coronado Redondo.

A **Pablo Silva** por su apoyo en lo cibernético y en el enchulamiento del pegaso para el logo de este concurso.

A nuestros **maestros del arte y oficio de la Editorial Cartonera**: Macarena Yupanqui Roa, Ignacio Cuevas Olivares, John Extraterrestre Bacanales y al movimiento de Editoriales Cartoneras.

A Alejandra Perez Vidal y Fernando Cofre Cerda de **Lilith Libros** por creer y confiar en nosotros y por su amorosa acogida en su Centro Cultural

A **Renoval**, por apoyarnos en salir a hacer el taller afuera con nuestros propios medios.

Al **Café literario Balmaceda** del sistema de bibliotecas públicas de Providencia, por recibirnos cada martes donde nos encontramos a inspirarnos y escribir y abrirnos sus puertas para lanzar nuestros libros, especialmente a Patricia Altimira y Marcelo Guajardo por confiar y apoyar.

A **“Radio locos por hablar”** proyecto hermano, por ayudarnos a difundir y llegar al mundo

A **Marcelo Nieto Aguirre** y la banda de Música de Renoval:

Javiera Andrade Descouvieres, Javier Gómez Rahmann, Katia Santis Donoso, Clemente Aracena, Raul Calvo Trincado, Francisco Mendoza Espinoza, Francisco Améstica Molina; por acompañarnos siempre cuando salimos a la comunidad, en ferias del libro y lanzamientos.

A la **Municipalidad de Providencia** por habernos aprobado el fondo concursable “Editorial Cartonera Arriba del Pegaso para la Inclusión de los diferentes” de su “Fondo de apoyo para juntas de vecinos, clubes deportivo y otras organizaciones funcionales” en pro de estimular la participación ciudadana.

INDICE

Prólogo.....	8
Introducción	9
Manifiesto.....	11

PRIMEROS LUGARES

Primer lugar: El chapulín.....	13
Segundo lugar: Clara Paz y los ocho enanito.....	19
Tercer Lugar: El hombre que hablaba con Dios.....	21

MENCIONES HONROSAS

Espíritu Pegasiano: Una niña panzona, un drama en la tv, un perro ¡y se armó!.....	28
Talento joven: Ser diferente no es estar enfermo.....	30
Talento mayor: Borde.....	33

SELECCIONADOS

Almas sueltas.....	37
Atrapan al viento.....	38
Cóctel de ambulancia.....	40
Cuento de Navidad.....	41
El hombre-pájaro.....	44
El hostel de Violeta.....	45
La teoría del cisne rojo.....	46
La frondosa mirada.....	49
Lamento cartonero.....	52
Mundo loco.....	54
No sé por qué.....	59
Pabellón F.....	60
Programa tu cabeza II.....	62
Temperatura.....	64
Yo no fui loco.....	68

Prólogo

Vivimos en una manada donde inherentemente tendemos a separar, dividir, segregar y diferenciar. Discriminar, seleccionar, calificar, acreditar, juzgar y diagnosticar. ¿Quiénes somos? ¿Te conozco? ¿Nos reconocemos? ¿Me conozco? etiquetas, etiquetas y etiquetas conceptuales, términos que terminan por distorsionar lo que realmente es. Somos seres múltiples, dentro de nosotros habitan bestias, niños, dioses y un sinfín de “yo(es)” que muchas veces no sabemos encausar, dirigir o aceptar. Todos somos locos en medida de que nos denominamos “normales”, normales que vivimos en una sociedad donde se aniquila con medicamentos a los débiles y se entrega el alma a seres que sí podemos llamar desquiciados, ya que padecen la peor de las enfermedades: la ambición. Arriba del Pegaso ediciones es un despertar de una pseudo enfermedad, es darle curso al flujo de la naturaleza, a una naturaleza que nos dice que nunca debemos “bajarnos del pony”, es el deber y el derecho a aceptarnos y unificar las banderas de la diferencia. Es por este gran despertar que nace *Cuéntanos tu locura*, como una necesidad, una puerta al cielo y al abismo que existe de nosotros hacia adentro, una necesidad de invalidar los diagnósticos y de una buena vez salir de las sonrisas protocolares, de la dictadura de lo bueno y lo malo, de los secretos a voces y de todo lo que nos hace continuar en la corriente del engaño hacia lo que realmente somos y el universo que llevamos dentro; universo del cual debemos hacernos cargo y no bajo el alero de la extravagancia o lo prohibido, sino que como parte orgánica de lo que nos conforma.

Macarena Yupanqui.

Introducción

¿Qué es Arriba del Pegaso?

Arriba del Pegaso es una editorial que permite a las personas con una condición y/o estado de salud mental distinto o especial, publicar y transmitir a la sociedad todos los pensamientos, ideas, y todo el talento de estas personas, para que sean conocidas en la dimensión social actual, también conocida como la sociedad contemporánea, y dar cuenta que no solo las personas “normales” tienen la capacidad y el talento para dar vida a millones de mundos imaginarios que son compartidos por nosotros para agradar a nuestros lectores.

¿Cómo empezó el Editorial?

Empezamos desde el taller literario de Renoval, una clínica de salud mental, con la intención de añadir publicar nuestros textos en un libro real. Este libro se llamó “Cuando la voz sale del nido, la sabiduría de lo espontáneo” y fue financiado por una farmacéutica, regalamos y vendimos más de 200 copias. Luego de esto y con el dinero recaudado, decidimos independizarnos y aprender a hacer libros nosotros mismos. Costeamos equipos, arriendo de taller y contratamos a una profesora especialista.

El nombre del editorial empezó a ser Arriba del Pegaso, y es debido a la frase “bájate del pony”, la que nos decíamos por soñar mucho. Decidimos seguir creyendo en nuestros sueños y no “bajarnos del pony” si no “subirnos al pegaso”.

Realizamos los libros:

- “Joven Pegaso, Antología” un libro compilatorio de los participantes.
- “Yo nunca pierdo” Comic de Luna Henríquez
- “Octavia” Comic de Luna Henríquez
- “El juego Helena” Luna Henríquez
- “Dolor solo dolor” Javier Gómez
- “Una piedra obcecada y abandonada por el amor” Javier Gómez
- “Blanca” Comic de Mariana Kau

Y más libros que están “en el horno”

- “Dotados” Katia Santis”
- “Guerra Latinoamericana”
- “Disonancia Cósmica” Aníbal Estévez
- “Sistema cero” Rodrigo Sierra
- “Cuando la voz sale del nido II” Compilación de autores.

¿Cómo nace el concurso “Cuéntanos tu locura”?

En animadas conversaciones acerca de lo difícil que es a veces vivir en el mundo, trabajar, estudiar, tener amigos, etc..., sentimos que es injusto ser nosotros discriminados por “locos” siendo que nos parece que el mundo esta bastante loco en general.

Creemos que la locura es un rasgo humano del que nadie está libre y que digerir la angustia es tarea de todos.

Para hacer una sociedad menos discriminadora, donde no se etiqueta lo distinto si no que se valora y se acoge, decidimos crear el concurso “Cuéntanos tu locura”, donde convocamos a los “normales” que deseen volar en nuestro Pegaso, para así desplegar sus alas y atreverse a compartir momentos locos que hayan vivido cerca de lo extraño, lo excéntrico, lo genial, lo maravilloso, lo milagroso, lo desadaptado, lo que da miedo, lo que ilógico, lo siniestro, lo desconocido que han experimentado en sus vidas.

Recibimos 34 cuentos, lo que nos dio mucha alegría. Presentamos a nuestro honorable jurado, a quien agradecemos el cariñoso trabajo:

- Luna Henríquez de Arriba del Pegaso
- Katia Santis de Arriba del Pegaso y Radio Locos por Hablar
- Alejandra Pérez de Lilith Libros
- Claudia Apablaza de Panal

Los criterios de evaluación fueron establecidos por el grupo Arriba del Pegaso y son:

Originalidad, Construcción de atmosfera, Impacto Emocional, aporte a la inclusión y capacidad de “irse en la volá. En este libro tenemos el gusto de publicar los cuentos seleccionados

Desafíos

Sin embargo, esto no termina aquí. Uno de los objetivos de la editorial es permitir a los usuarios desarrollar un oficio, el oficio de ser escritores, el oficio de diseñar, diagramar fabricar textos y además su proceso desde que el texto nace en sí imprimir, empastar, hacer tapas y hasta que se convierte en un libro propiamente tal.

Con esto, el enfoque es, no solo un taller más, sino que tener herramientas de oficio para poder ser más independientes en futuros cercanos o lejanos y poder ser un aporte a la cultura y a la sociedad.

Editorial Cartonera Arriba del Pegaso

Manifiesto

Presentado en el lanzamiento del concurso “Cuéntanos tu locura” el 1 de septiembre de 2015

Buenas tardes a todos los contertulios. Estamos realmente encantados con su presencia en este maravilloso lugar; les quiero decir con mi compañera Luna Henríquez, que representamos una apuesta escénica y artística desde la óptica de la valoración de la diversidad y por ende de la inclusión, a todo tipo y genero de personas, unidos desde la premisa de la creatividad desatada bajo los causes del teatro, poesía, música, y temas afines, de belleza y pasión artísticas.

Creemos que la aceptación de la diversidad enriquece en nuestra vida como sociedad. Si, es cierto; somos locos, bajo el estigma de los mecanismos opresores, que nos tratan muchas veces desde la cosificación; anulando muchas veces nuestra propia humanidad.

Tenemos la misma dignidad que cada miembro que conforma nuestra sociedad, así como creemos que somos tan valiosos como cualquier ser humano que puebla este hermoso planeta, unidos bajo la bandera del amor, respeto y tolerancia, exigimos a nuestra propia sociedad ser tratados como iguales, ya que a fin de cuentas somos todos seres humanos y merecemos que se nos trate con aprecio y dignidad, que tanto falta muchas veces en nuestra decadente sociedad; frente a eso, exigimos respeto y tolerancia desde la valoración que merecemos por el solo hecho de nuestra constitución como seres humanos.

Y decimos con toda la fuerza de la voz que el mundo esta mejor con nosotros que sin nosotros.

Muchas gracias.

Anibal Estevez Figueroa

Editorial Cartonera Arriba del Pegaso

Primeros Lugares

PRIMER LUGAR

El Chapulín

Hacía un calor de los mil demonios esa tarde en el metro, llegas a creer que te vas a derretir, que no sobrevivirás una vez más al trivial suplicio tantas veces padecido. De cuando en vez haces contacto con la piel caliente y sudorosa de otra persona y arriesgas fusionarte. Es un infierno, pese a las medidas de mitigación; no obstante los carros con aire acondicionado, que se pueden identificar porque son los que circulan con las ventanas cerradas. Es un horno, a pesar de los enormes ventiladores, que arrojan rocío por cinco tubitos atomizadores, una efusión de algún líquido sospechoso pero frío, que algunos esquivan delatando su desconfianza. Una amiga me dijo alguna vez que se trataba de “una insana mezcla de agua con orines de algún trabajador que odia a su empleador, pero que también aborrece al sistema y a los borregos que lo sustentan”. Otros, cual Gene Kelly en “Cantando bajo la lluvia”, se ubican unos instantes bajo el chorro, inclinando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos.

No creo que sean instantes que aprovechen para soñar un mundo mejor, pero sus rostros reflejan el éxtasis de quién ha conseguido algo sublime. Más solo hablamos de capear el calor.

Pues bien, en eso estaba yo el viernes, buscando el encuentro con el ventilador y su ráfaga de frescura, cuando al abrir los ojos y mirar a través de aquella llovizna, me pareció verlo, tal como estaba la última vez que lo había visto, parado a unos metros de mí, con la misma apariencia que lo definió en sociedad, el aspecto que hizo de él lo que fue.

Alguna vez me dijeron que se llamaba Gilberto, o algo así. Para todos en el barrio en que me crie era el Chapulín, un personaje que le dio tanto al vecindario. Nos dio ternura, nos dio arte, nos dio honestidad. Fue mucho más que un pobre cartonero o un mendigo, ocupaciones que, por lo demás, no estoy seguro que haya realizado, porque nunca lo vi recoger cartones ni pedir limosna; mucho menos robar o traficar. Siempre recorría las calles, errático, sucio y, como ya decía, con aquellos accesorios que lo caracterizaban. En primer lugar el gorrito del Chavo del 8, un sombrero de tela a cuadros, cafés y verdes, con visera y orejeras cayendo lacias por los lados de su cabeza. No se lo sacó nunca, nadie consiguió saber de qué color era su cabello, si lo tenía. Los maldadosos decían que bajo ese gorro abundaban los piojos y otras alimañas.

Lo otro, lo más notorio: el hombre usaba el chipote chillón del Chapulín Colorado, un mazo plástico de juguete, con mango amarillo y una cabeza roja con textura de acordeón, que emitía un chirrido agudo cuando golpeaba las cabezas de los villanos, los incautos y a veces, a modo de ejemplar pero cariñoso escarmiento, de los perros que lo acompañaban.

Los canes que le hacían compañía, su pequeña corte, eran de tamaño medio, algunos quiltros amarillos y uno manchado, blanco y negro; a ese le decía “Pinocho”, no precisamente por el muñeco de madera.

Un nombre así no dejaba indiferentes a los transeúntes cuando era referido, en medio de las tinieblas de los ochentas. Ese perro, sin ser dictador absoluto como su alter ego, era el líder de su jauría.

Es curioso que pese al gorro –del Chavo- en definitiva, fuese el chipote –del Chapulín- el elemento que determinara el sobrenombre con que todos lo conocerían. Podrían haberlo llamado “Chespirito”, por ejemplo, y así habrían dado cuenta de los dos personajes.

Pero el chipote llamaba más la atención, no se deshizo jamás de él y solía cargarlo como quién lleva un arma verdadera en un lugar peligroso. Lo portaba como si despojándose de él quedara desnudo. Lo vi haciendo extrañas contorsiones para realizar, con una sola mano, lo que toda persona corriente haría con las dos, para no dejar el chipote a un lado. Lo vi de espaldas, orinando con el chipote en la mano mientras los perros daban vueltas en torno a él. Como mucho, recuerdo una vez haberlo descubierto sosteniéndolo con los dientes para ayudar adecuadamente a ponerse de pie a una señora que había caído. Dormía, en su territorio, abrazando el chipote.

El Chapulín hablaba continuamente en voz alta, recitando o sosteniendo monólogos. Pronunciaba discursos incendiarios y apasionados en medio de las calles de la población. También algunas peroratas raras, en que, en parte contaba algo de su vida y en parte historias inconexas. Sus más fieles auditores eran sus perros; quienes parecían entender cabalmente el sentido de sus palabras. A veces incorporaba en su relato imágenes del '73, de los milicos deteniendo y golpeando gente, otras veces de las filas para conseguir comida en los tiempos de la UP.

Algunos días, en que estaba especialmente inspirado, describía una velada en la Scala de Milán, con finas acompañantes y soberbio repertorio. Anda a saber tú si alguna vez estuvo ahí. Nadie podía evitar morirse de la risa cuando, en medio de sus fantásticos discursos irrumpía un “siganme los buenos” o un “mis antenitas de vinil están detectando la presencia del enemigo” o un “es que no me tienen paciencia” o, en fin, cualquiera de las giros clave del Chavo o del Chapulín.

De sus labios escuché por primera vez, cuando tenía diez años, que algunos comunistas habían ido a parar al fondo del mar y otras revelaciones que estremecían. Qué conseguían captar verdaderamente la atención de algunos ciudadanos interesados por los asuntos públicos, hombres y mujeres que luego regresaban a su rutina turbados y con la mirada perdida. En definitiva, con el paso de los años, su vozarrón contando tales historias se hizo tan habitual, que podríamos decir que era algo así como la música de fondo de la población, tanto que muchos pasaban por su lado sin prestarle la más mínima atención. Sin embargo algo se echaba de menos cuando en Esmeralda con Arturo Prat no estaba el Chapulín hablando.

Mi mamá me decía que no lo mirara, que podía ser peligroso. Pero a veces ella misma explotaba en sonoras carcajadas al escuchar sus relatos cuando íbamos camino a la iglesia, al colegio o a comprar pan. A mí me daba demasiado gusto verlo, muy pequeño me habían llevado a ver a Chespirito al Estadio Nacional, en 1977 para ser exactos, y era algo parecido a un ídolo para mí.

Me sabía sus diálogos, odiaba al Quico y al Señor Barriga. Siempre encontré muy linda a Florinda Meza, a pesar de su caracterización de “Doña Florinda”. Adoraba la torpe pero definitiva eficiencia del Chapulín Colorado al resolver misterios. Entonces, tener nuestro propio Chapulín en mi población, junto a mi gente, me alegraba la existencia. Aunque de lo otro entendiera muy poco. Algunos vecinos malintencionados conversaban con él buscando burlarse de su excentricidad. Pero el portentoso Chapulín de calle Esmeralda sacaba las situaciones adelante, jugando su propio juego, casi con elegancia. Usando el chipote a veces. Algunos diálogos me sorprendieron y despertaron mi curiosidad, por ejemplo cuándo citaba a Demóstenes, que para mí no era más que un gato de la pandilla de Don Gato; o cuando mencionaba a un tal “fucó”. Años más tarde reconstruí lo que había escuchado y entendí la alusión al péndulo de Foucault, que le proporcionaba algún sentido a la reprimenda que le estaba dando un vendedor de diarios, que armaba su puesto en un lugar inadecuado, según el Chapulín.

Cuento aparte fue su galanura con las mujeres, a quienes les recitaba delicados poemas que había aprendido de memoria con un romanticismo inigualable. Respetando siempre a las casadas y a las niñas pequeñas, pero sin hacer más distinciones de edad, ni de apariencia física o nivel social. Me acuerdo de como gozaba de ese cortejo mi tía Anita, la hermana mayor de mi mamá, un amor de persona, pero, reconozcámoslo, una señora feita, llena de arrugas y con un permanente e intenso aroma a coliflor. Me acuerdo también, como si fuera hoy, del día en que comenzó a recitarle poemas a Beatriz, una inspectora municipal, grande, maceteada y lesbiana. Su orientación sexual se sospechaba en ese tiempo, pero no era algo que ella luciera con desfachatez porque, insisto, eran otros tiempos. El tema es que la Bea, no escuchó más de tres o cuatro versos del Chapulín, que entornaba los ojos mientras meneaba su chipote al recitar, y comenzó a golpearlo furiosamente con su bolso. Esa vez lo vi correr asustado, primero a recoger el chipote, porque con el primer bolsón saltó lejos, y luego a esconderse en el sitio eriazó en que vivía, aquel peladero plagado de matorrales y escombros al lado de la Casona Duarte.

Esa casona era una especie de mansión colonial, ubicada en la esquina sur oriente de Esmeralda con Arturo Prat, alta, de adobe agrietado bajo una cáscara cada vez más incompleta de un estuco pálido, que alguna vez pudo haber sido color burdeos. La casona en algún momento fue la construcción estelar del barrio; según los más viejos ostentosa y muy cuidada en los sesentas, había comenzado a deteriorarse y a acumular basura. La llamaban “Casona Duarte”, porque el abandono fue total después de la muerte de Willy Duarte, el hombre del tiempo en el noticiario del canal nacional de los setentas. Impactados por la trivial coincidencia, algunos echaron a correr el rumor de que él era su dueño y se había trabado un feroz litigio entre sus sucesores tras su fallecimiento.

El estado de la casa era lamentable, y el del sitio del lado, donde vivía el Chapulín, también. Era una especie de basural anexo a la casona, que probablemente pertenecía a los mismos dueños. Ahí reposaba sus huesos el Chapulín, con el gorro puesto, su chipote fuertemente asido, sus perros dándole calor y sus cachureos varios. Improvisando casuchas cuándo llovía.

Dicen que la casona Duarte, abandonada como estaba, fue usada como centro de tortura de la CNI, a principios de los ochentas; y que fue el mismo Chapulín quién con sus excentricidades consiguió que los milicos se fueran. Cuentan los rumores que una vez agarró a golpes con su chipote chillón al mismísimo Humberto Gordon, y que tuvo que arrancar de los balazos. Empero, de los agentes que acompañaban al general Gordon, un par no pudo aguantar la risa y fueron trasladados por su falta de templanza. Todo eso no lo vi, pero si pregunta en el almacén de doña Flora, (el letrero dice almacén Esmeralda, pero todos lo conocen como el almacén de “doña Flora”) tanto ella, como sus hijos y los clientes más viejos, serán coincidentes en esa versión de los hechos. Con todos sus coloridos pormenores.

Si fuera mentira no podrían entregar tantos detalles coincidentes por separado, se contradecirían. La relación del Chapulín los pacos fue bastante más tortuosa. A ellos no les hablaba ni se les acercaba, es más, siempre se escondía de ellos. Supongo que por algún encontrón original cuyo contexto ignoro. El “Pinocho”, el perro de las manchas negras, era su sensor pues parece que ese animal olía a los carabineros a distancia y ladraba entonces como endiablado. Pese ello, los malditos le sacaron la cresta al Chapulín un par de veces y le mataron a un par de perros. De hecho, quizás la más conmovedora de sus historias, fue una de las últimas que de él conozco, ya entrados los ochentas, cuando los canallas le arrebataron el chipote y comenzaron a arrojárselo entre ellos, mientras el pobre hombre desesperado, corría de un lado a otro y suplicaba que se lo devolvieran. Finalmente uno de ellos se lo reventó, de un solo pisotón. El Chapulín quedó ahí, de rodillas, desconsolado contemplando taciturno los restos de su mágico complemento que le había sido arrancado para siempre. Los pacos maricones se fueron y, mientras caminaban, el desgraciado que reventó el chipote dijo “no contaban con mi astucia”, arrancando más carcajadas del resto del piquete.

Pero mi barrio era un barrio de gente buena, y alguien con principios, un hombre o mujer que nunca se identificó, le dejó un chipote nuevo amarrado del alambre de púas que protegía el sitio eriazo en que vivía. Don Segundo, el marido de doña Flora, un tipo medroso y copuchento, que nunca iba al almacén, nunca trabajaba ni hacía algo productivo fuera de andar sapeando, primero para la DINA y luego para la CNI; afirmaba que había sido uno de los mismos policías el que, presa de la culpa, consiguió un nuevo chipote. Por años yo pensé que la mano que había restituido su garrote maestro al protagonista del barrio había sido la del propio don Segundo, buscando limpiar la imagen de los pacos. Si me preguntan hoy, apostarí que en definitiva no fue ni él ni alguno de esos policías. Poco después de eso, un domingo de marzo, cuando iba camino a la casa de mi tía Anita me acercaba a la Casa Duarte cuando el Pinocho comenzó a ladrar. Me detuve frente a la casona, angustiado pensando que vendrían los pacos y le sacarían la chucha una vez más a mi héroe, no me quería acercar mucho al Pinocho tampoco, que rugía instalado bajo los alambres del sitio del Chapulín, por el razonable miedo a que me mordiera.

Tras unos segundos, se sumaron al festival de ladridos los otros perros, los amarillos. Entonces, faltando trece minutos para las ocho de la noche, comenzó el terremoto. Yo tenía catorce años y nunca había visto algo parecido: autos saltando, casas de adobe viniéndose abajo, ruidos de miles de objetos quebrándose, grietas formándose en la calzada y en los pastelones de la vereda, el agua de las acequias saliendo de su cauce a raudales, gente gritando, pidiendo auxilio. Me mantuve de pie, en shock, en el lugar en que estaba, paralizado deseando poder correr, gritar, desaparecer del mundo; pero sin poder mover un pelo. Instantes después, la casona se derrumbó sobre mi humanidad.

La sensación de estar consciente aplastado por bloques de adobe mientras la tierra aún se sacudía con violencia es indescriptible. Mucho dolor, por cierto, lo que más sufrió con el derrumbe fueron mis rodillas. Pero sentir que la presión de la masa de barro y paja que se hace más y menos intensa al ritmo del balanceo infernal, hizo que el miedo superara al dolor. Por mi mente pasaron millones de imágenes a una velocidad sideral. Mis seres queridos, mis compañeros de colegio, mi primera comunión, que había hecho meses antes. La incertidumbre de no saber si sería o no merecedor de la salvación eterna que mi religión me había prometido, en ese momento crucial en que todo se terminaba.

En eso estaba, sintiendo que el aire me faltaba, que peso del muro me reventaba, me extinguía; cuando comenzó a levantarse el bloque de adobe que aplastaba mi cabeza. Y lo primero que vi fue una imagen parecida a la que pude contemplar a través del rocío en el metro: él, su gorrito, su chipote. Lo dejó cuidadosamente en el suelo, sí en el suelo, para poder levantar el bloque y rescatarme. Segundos más tarde llegaron otros para ayudarlo a liberarme completamente y llevarme al hospital.

Pero él fue el primero. El héroe.

Murió poco tiempo después, de un infarto, cuando yo aún estaba en cama y su funeral fue un evento increíble. Asistieron más de quinientas personas que condimentaron el velatorio con recuerdos, discursos, agradecimientos y música –la del Chavo y la del Chapulín- una despedida de verdad. Tuve que pelear con mis papás, llegando incluso a hacer pataleta, para que me dejaran ir al funeral. Debí recordarles, una y otra vez, que si no fuera por el Chapulín, en esos momentos no tendrían hijo alguno. Conseguí que me llevaran, en una silla de ruedas que consiguieron en el policlínico. Pero no me pude despedir como dios manda.

El ataúd de primera calidad que había comprado el alcalde, con los aportes de todo el vecindario, ya estaba cerrado, con el gorrito y el chipote sobre la tapa. Entre millones de flores inverosímiles.

Quedó grabada en mi memoria la imagen del Chapulín tal como vivió su vida, con alegría, como lo vi cuando me rescató. Como lo vi aquella tarde en el metro, tan solo unos instantes, a través del agua expulsada con desgano por el ventilador. Porque lo vi, estaba ahí, no me cabe la menor duda. Desapareció sin dejar rastros instantes después, pero lo vi, no estoy loco, no fue el calor. Lo vi.

Y eso algo debe significar.

Rabigonz

SEGUNDO LUGAR

Clara Paz y los ocho enanitos

-Y yo me subí al caballo, que abrió sus alas y me llevó...-Me detuve. Los ojos de Clara Paz no dejaban dudas: no me creía. Conozco suficientemente a mi nieta como para saber lo que me espera, después de esa mirada escéptica. Después de esa mirada viene su voz, ronca y agradable, pero ahora bien desagradable diciéndome: -Oye, argentino, ¿no te cansas de hablar macanas? Cuando se enoja, imita mi acento. Sabe que no me gusta. Lo hace a propósito. Es terrible, mi Clara Paz. -Tú no me crees, ¿verdad? No crees en mi modestia. Cuando te digo que monté a Pegaso, piensas que me tomo a mí mismo por Zeus, ¿cierto? Ahí se rió. Eso sí me gusta. No importa que esté enojada conmigo. Cuando se ríe, le perdono todo. Todo... Es una forma de decir, porque ese día, la pesada... -Si ya sé que Zeus no era así chiquito... No sé de donde saqué el coraje para decirle: -¿Y tú qué sabes? ¿Ya lo viste, acaso? Quedó media perpleja.

Entendí que había recuperado su atención, a falta del respeto. -Sí, Clara Paz, yo sí lo vi... Algo pasó. No sé qué, pero que yo hubiera visto a Zeus, a Clara Paz le pareció mucho más probable que mi pretensión de haber montado a Pegaso.

Aproveché. -Fue hace mucho... No sé si habrá cambiado, con los años. -¡¿Cómo es?! -gritó y preguntó mi nieta, como acostumbra hacerlo cuando está exigiendo una respuesta inmediata y sin ambages. -Es... ¡fue un enanito! Mi afirmación la espantó... Y la atrajo más hacia mí. Se agarró de una mis piernas. Tuve que correr el cojín sobre el cual tenía apoyado su potito, para que no tomara frío. A ella nada de eso parecía importarle. Sólo tuvo boca para exclamar: -¡Un enanito! -Sip... Yo me hacía el interesante. Sabía lo que se venía, porque llevaba los mismos cuatro años que ella tenía siempre contándole cuentos, teniendo que inventarlos la mayor parte de las veces. ¿Por qué? Bueno, me cuesta contar dos veces lo mismo. Nunca aprendo las cosas de memoria. Además, ¿por qué no confesarlo?, era una manera de singularizarme.

En las familias modernas, las nietas tienen varios abuelos, no sólo dos como antes...

Y hay que tratar de ser original para que quiera venir a casa de vez en cuando, cuando los otros abuelos se cansan de tener que recibirla cada vez que los padres tienen que salir. Por suerte para mí, sus papás son bien salidores. Así que inventando, aguantándole el carácter y las rabieta, las gotas de amor llegan con la frecuencia necesaria para no secarme, aunque nunca digamos que hacen un río... Eso no. -Pero... ¡Cómo! ¿Un enanito de los siete...? -Ocho, Clara Paz, eran ocho... Eso ya era el colmo. Me apoyaba en una versión histórica que dice que Disney había dibujado ocho enanitos, y que a último momento se arrepintió y sacó a uno de ellos... Pero de ahí a pretender que el rey de los dioses del panteón griego... -Mira, te voy a explicar... Miré en torno mío. La abuela estaba metida en un programa de tele de cocina. No escucha a nadie en esos momentos. Aproveché. Carraspeando, improvisé. -Lo que pasa es que Blanca Nieves era muy linda... ¡Cómo tú! No se sonrojó. Para ella, eso era normal. Los padres vivían diciéndole lo hermosa que era.

¡Y era verdad! Mi primer golpe de efecto había fallado lastimosamente. Pero aprendo rápido. -Zeus, en cambio, era casi tan feo como yo...

-Eso no es posible, abuelo... Me la busqué. No era culpa de ella. Bueno. Seguí con mi historia. -Y se enamoró de Blanca Nieves. Entonces, para lograr su amor, se achicó él mismo y se hizo pasar por uno más de los enanitos, ya que así ligaba un beso en la frente de tanto en tanto... Clara Paz rió con ganas. Se ruborizó ligeramente, y dijo: -¡Qué lesa! Eso quería decir que íbamos bien. Le puse más. -Y cuando la bruja intentó asesinar a la pobre niña con una manzana envenenada, se enojó muchísimo, quiso matar a la bruja.

Pero, luego, lo pensó mejor; él mismo comió de la manzana, para que Blanca Nieves se apiadara de él y llorara junto a su cadáver... Tú sabes... Como haces tú cuando juegas a morir y te quedas quietita en el suelo y te levantas después con los ojos húmedos de emoción... Ahí me pasé. Mi nieta me miró como si yo fuera Zeus... ¡Qué digo! Como si de verdad hubiera montado a Pegaso. Porque, aunque Clara Paz es muy inteligente, no sabe que uno ya pasó por todo lo que le pasó a ella, y que aunque se esconda para jugar sola, yo ya sé lo que hace.

-Pero...- Aproveché su duda, y seguí. -Cuando vio a Blanca Nieves llorar junto a él, decidió, sin embargo, que morirse era una estupidez. Más todavía habiendo logrado sus fines. Le quedó gustando. Entonces, se transformó en un bello Príncipe Azul... -¡Azul! -Eh... Sí... Es decir, vestido de azul. -¡Ah! -Sí. Y así fue como se casó con Blanca Nieves, y los siete enanitos fueron los padrinos de la boda. Clara Paz estaba sinceramente conmovida. No le importaba que la cosa hubiera partido de Pegaso. Pero a mí sí... -Lo sé porque fui invitado a la boda... -¿En serio, abuelo? -Sí, tanto es así que fue esa la primera vez que Zeus me permitió que montara a Pegaso, para ir en procura de mis sueños. -¡Ese día fue...! ¡Cuéntame, por favor, cuéntame más! -Eh... Ya es hora, Clarita. Hay que ir a dormir. Por otra parte, pronto viene Pegaso a buscarme para que demos una vuelta a la manzana juntos, como todas las noches. Ahí te cuento más la próxima vez que vengas...

Miró hacia afuera, como esperando ver a Pegaso. -¿Me promete, abuelito? Me emocionó tanto respeto y ternura... ¿No se me habría ido la mano? Le prometí que sí y la llevé a su camita, la arropé, y apagué la luz. Cuando iba hacia mi compañera para contarle lo que había pasado, de pronto, en el jardín, oí un relincho... Lo reconocí. Hacía, sin embargo, tantos pero tantos años que no lo veía...

El jinete de a pie

TERCER LUGAR

El hombre que hablaba con Dios

Joaquín miraba con atención la consulta del psiquiatra donde colgaba una pintura de Nemesio Antúnez, se detuvo allí, en el azul de un tango con siluetas violetas y naranjas. El doctor lo miró detenidamente y le dijo:

- Tu familia te trae a mí, porque dicen que hablas con dios.

- Sí, hablo con Dios.

- ¿Qué te dice él ahora?

- Que no debes tener mas celos, porque tu mujer te ama, ama sus hijos. Para ella solo existe la familia que es lo que mas ama.

El catedrático escuchó esas palabras y se clavaron profundamente en su alma. El joven en verdad sabía su mal oculto detrás del título, era celoso y no lo podía evitar. Su mujer abnegada trabaja en un banco, por eso él tiene celos. Entonces, con la inteligencia racional, le hizo las típicas preguntas que un médico le hace a un paciente

- ¿Qué día es hoy? – Preguntó el facultativo.

- Siete de septiembre del año veintiún mil quinientos.

- ¿Qué color tiene el sillón?

- Café oscuro.

- ¿Cuántos dedos ves?

- Cuatro.

- ¿Qué mas te dice dios?

-Que el hombre tiene que cambiar, que tengo que hacerlo cambiar, solo a través de la palabra y los actos.

-¿Por qué te trajeron acá?

- Porque los demás creen que estoy loco, sobretodo mi familia. Escucho voces que me dicen muchas cosas como por ejemplo de que si el hombre no cambia dejará de existir.

El médico anotó en su laptop: "Alucinaciones auditivas, síntoma de esquizofrenia."

- ¿Tienes algún familiar con alguna enfermedad mental?

- Sí, un primo con esquizofrenia.

- Tu primo es hijo de un hermano de tu padre o de tu madre.

- Es hijo de una hermana de mi padre.

- Volvamos al punto ¿qué te dicen las voces?

- Puedo ver el futuro, en los sueños suelo tener visiones de la humanidad. Sabía hace tres meses que iba a estar frente a usted. Sé el final de nuestra historia, si el hombre no cambia desaparecerá.

- ¿Estás escuchado voces ahora?

- Sí. Y me dice que usted me cree loco.

Anotaba en su computadora: "delirio de persecución, paranoia. Primo con la enfermedad encontrada al principio. Parece decir las cosas adelantadamente. Pensamiento disperso, pero con sentido."

- Dígame ¿Siente que la radio, la televisión, le transmiten un mensaje que solo usted entiende?

- Todo es comunicación. Todo está unido. Ahora, mientras conversamos alguien está muriendo y en otro espacio, al mismo tiempo, alguien está naciendo y siento que soy la vida y la muerte.

Escribía el médico: "posible bipolaridad." Y preguntó.

- ¿Ha experimentado usted cambio en sus estados de ánimo. Es decir, pasar de la euforia a la tristeza o viceversa?

- Los cambios de los estados de ánimo sucede a cada momento, pero Dios me hace regular esos estados de ánimo. Él me dice cuando tengo que cambiar de un estado a otro. Todo se mueve, todo vibra, si no cambiaran mis estados de ánimo sería un ser sin vida, porque todo cambia aunque pareciera que está fijo.

"Encuentra respuesta para todo. Inteligencia elevada". Escribía.

- Dígame ¿hace cuánto tiempo escucha voces?

- Desde muy niño, creo fue a los seis años. Recuerdo que fui al baño que quedaba fuera de la casa y escuché mi nombre, me asusté y me dijo que no me asustara que era Dios y que a través de mí hablaría para el resto.

- ¿Cuántos años tiene?

- Veinticinco.

- ¿Cuántas voces escucha?

- Tres.

-Pero, una de esas voces es Dios.

- ¿Y las otras, de quiénes son?

- Una es de una mujer que me guía en los caminos de la vida para andar pensando siempre en el amor, cuando tengo un sentimiento oscuro ella me habla con su voz tierna y transformo ese sentimiento oscuro en amor; la otra voz es la de un amigo que murió hace años y me habla del mas allá.

- ¿Cómo estás durmiendo?

- La verdad doctor es que no duermo hace mas de veinte años.

El médico anotaba las respuestas y lo quedó mirando fijo, no le creía que no dormía hace tanto tiempo, pero eso era suficiente argumento para internarlo y poder así estudiar su mente que le parecía fascinante, le dijo:

- Bien, ahora tendré que hacerte la ficha de ingreso, pues te internaremos y te haremos dormir. Porque me imagino que quieres dormir.

- Estaría bien.

Entró en el psiquiátrico a eso de las cuatro de la tarde, sin cordones, ni cinturón. El enfermero responsable lo llevó a su cuarto donde habían cuatro camas y tres de ellas estaban ocupadas por tipos que dormían profundamente.

Joaquín vio su cama y la acarició. Salió al patio donde estaban los pacientes y uno de ellos lo llamó.

- ¡Ven! ¿Cómo te llamas?

- Hola! soy Joaquín y ¿tú?

- Soy Andrés, pero me dicen "Mezclilla", estoy aquí por un trastorno de personalidad múltiple ¿tienes un cigarro?

- No. No fumo.

- ¿Por qué estás aquí?

- Porque hablo con Dios.

- La dura, eso es grave, estás mas loco que nosotros. Entonces, qué me puedes decir si hablas con Dios.

- Me dice que debes cerrar una herida enquistada en tu sique, fue cuando tenías ocho años y tu madre te retó, entonces en tu intolerancia al fracaso comenzaste a construir personalidades en torno a eso. Me dice, además, que debes buscarlo, pues no sabes la verdad fundamental.

- Y ¿cuál es esa?

- Que tú eres dios.

- Jajaja.

- Tú sí que estás loco.

- El solo hecho de vivir, de construir una realidad, de cocrear te coloca a la altura de Dios que es el gran creador.

- Oye, debes hablar con el profesor que está acá por alcohólico. Ahí viene.

- ¡Hola profe!- Saludó el Mezclilla.- Tenemos un nuevo paciente.

- ¿Juegas ajedrez?. – Preguntó el profesor a Joaquín.

- Sí.

- ¿Juguemos una partida?- invitó el profesor.

- Ok.

Comenzaron a armar el tablero. Sortearon el color a jugar, sentados uno frente al otro, el profesor abrió la partida. Las negras ganan en veinticinco movimientos.

- No había encontrado un jugador a mi altura acá.- Le habló el maestro a su oponente.- Fue una buena partida. ¿Juguemos otra?

- No.- Respondió Joaquín.- Nos están llamando a tomar once y tengo hambre. Mañana jugamos otra partida.

- ¡Vamos!

Se sentaron los tres en la mesa, el Mezclilla le contaba porque estaba cada uno.

- Ese se quiso suicidar.
- Ese de allá es adicto al azúcar.
- Pero no que la habían eliminado del planeta.
- Siempre habrá traficantes y adictos.

Joaquín comía y escuchaba como el Mezclilla le contaba las historias de la mayoría.

Contó la cantidad de pacientes que habían en ese momento, treinta y tres, mas los enfermeros que eran cinco, mas las cocineras que eran dos, con ellos estaba compartiendo la vida y los tenía que ayudar, en total habían cuarenta personas que un mensaje tenía que entregar.

Llegó la noche y repartieron los medicamentos a cada uno, Joaquín tomó seis pastillas y se marchó a la cama, los tres tipos seguían durmiendo. Trató de dormir, se dio vueltas en el lecho, pero no podía conciliar el sueño, entonces, se puso a meditar. Por alguna razón estaba en ese lugar pensaba, comenzó a reflexionar en la gente que se encontraba allí, tan enfermos algunos que no despertaban sumidos en los medicamentos que entregaban los doctores. Así pasó la noche sin pegar una pestaña. Al día siguiente se levantaron y tomaron desayuno, estaba en el casino cuando el hombre que quiso suicidarse le habló:

- Así que hablas con Dios.
- Sí, tú debes encontrar sentido a la vida, la vida sin sentido es vacía y solo busca la muerte.

- No sabes mi historia como para decirme eso. Yo era una persona feliz tenía esposa e hijos, pero las deudas, el estrés y la ansiedad me ganaron, la vida como eterna lucha me ganó.
- ¿Cuántos hijos tienes?
- Dos, una parejita.
- ¿Por qué te sientes vencido, si una batalla no es la guerra? Debes escuchar tu corazón, dentro de él están todas las respuestas.
- Eso lo dices porque no has vivido lo que he vivido yo. Si existe un dios se ha desquitado conmigo, porque me ha tocado vivir lo que nadie ha sufrido.
- El sufrimiento es un deseo no cumplido, sufres porque quieres algo y no lo puedes conseguir.
- Sufro desde niño. Mi padre era un borracho que golpeaba a mi madre.

- El sufrimiento no está en el mundo, está dentro de ti. Debes enfrentar tus miedos, sublimarlos, el verdadero cambio está en ti, las circunstancias no te harán cambiar. Ese agujero existencial que tienes debes llenarlo con amor. Cuando haces todo con amor, el sufrimiento se disuelve.

El drogadicto se acercó a la conversación; miraba con atención a los interlocutores y se dirigió a Joaquín:

- Así que hablas con dios. Entonces dime como puedo dejar el azúcar.
- Hay una fuerza mayor que está en ti y esa es la voluntad. Siglos atrás los diabéticos consumían azúcar, pero cuando estaban enfermos la dejaban. Está en ti.

En eso estaban cuando se acercó el doctor y le dijo a Joaquín que entrara a una sala para conversar. Le preguntó como había pasado la noche si había podido dormir, él le contestó que no había logrado conciliar el sueño, que pasó la noche meditando. El doctor lo miró fijamente, era imposible que no haya dormido, pues las pastillas que le habían dado era para hacer dormir un elefante. Entre ellos había un paciente especial que le aplicaban electroshock, Joaquín lo vio volver con la mirada perdida en el horizonte como un cachorro indefenso daba los pasos tímidamente y Joaquín escuchó la voz de Dios: “ a él debes transmutar, escucha las voces de los oscuros, la envidia de sus compañeros creó una fuerte energía sombría que terminó en lo que es ahora, pero debes hacerlo ver la luz, debes hacer que se ilumine, por eso estás acá.” Joaquín lo siguió hasta el cuarto donde estaba solo, pudo percibir su aura oscurecida, su energía que se había disminuido por el tratamiento donde perdía la memoria, estaba totalmente desorientado, entonces Joaquín fue a otro cuarto y le pidió a Mezclilla que le regalara unos dulces. Entonces volvió y se los dio, sin preguntar su nombre, su condición, simplemente tendió su mano y le entregó los caramelos, él lo miró con la mirada llena de pena y tristeza, colmadas de angustia sus pupilas entregaron el afecto de agradecimiento por lo que había hecho, un gesto de cariño era simplemente estar con él en un momento triste, en un estado de consciencia e inconsciencia, en el limbo entre lo real e irreal y de lo que no se sabe, porque le borran la memoria.

Con el golpe eléctrico matan millones de neuronas contaminadas que hacen que la memoria se borre y no recuerde nada. Joaquín impuso sus manos en la cabeza de Alberto, comenzó entonces la oración que decía: “Creador de lo que habita este universo y los otros, favor concededme la curación inmediata de este joven, que ha sufrido durante largo tiempo y que desde ahora dejará de sufrir. Amén.” Entonces Alberto lo quedó viendo y en su cara esbozó una sonrisa, la luz estaba comenzando a nacer en su mente que daba indicios de felicidad.

Así pasó unas semanas y Joaquín no dormía, se preocupaba de cada uno de los que estaban allí, trataba de iluminar con sus palabras y sus actos, era un ejemplo vivo de cómo actuar, de cómo pensar, era una Buda por donde se le mirara, un maestro que iluminaba con sus pasos. Alberto fue mejorando cada vez mas rápido con las imposiciones de manos, transferencia de energía que pasa de un ser a otro, levanta el aura, eso deberían enseñar en las escuelas, la transferencia de energía que pasa de un cuerpo a otro que con el solo pensamiento se puede modificar el estado, es lo que se llama la transmutación mental. Cuando tu mente reconoce un estado oscuro tiende a iluminarlo, puede ser con la razón o puede ser mas con el sentimiento, la sangre que corre por tus venas para prolongarse en la otredad que te da existencia y compartes una realidad común, que es la simbiosis de las energías que se transfieren de un cuerpo a otro, así nace la vida y puedes mejorarla, está en ti, puedes modificar tu realidad solo con el pensamiento, si todo brilla, se luce con el universo, corres en su frecuencia, la frecuencia del cosmos, cuatro treinta y dos late en todos los corazones.

Puedes modificar el estado mental de alguien si primero te programas tú para llegar lejos, muy lejos, ser siempre el mejor, ni superior ni inferior, iguales, donde tú me ayudas y yo te ayudo, la hermandad que nace con nosotros, tú allá y yo acá te digo que puedes mejorar cada vez más, si estás en aprietos ya pasarán, nada es eterno, todo cambia a cada instante, en tu mente graba siempre eres el mejor y todo saldrá bello, la belleza está en tus parpados, todo está en tu mente.

Joaquín estuvo como un mes, pero no dormía, hasta que el doctor probó un medicamento nuevo, le inyectó el remedio y durmió tres semanas. Cuando despertó ya no escuchaba la voz de María que le decía: “buenos días”. Ni la del difunto que le decía puras cosas tristes. Pero en el silencio él sabía que Dios estaba allí, escuchando en la afonía de los días sus plegarias para transmutar a los otros en seres felices y que respiren armonía, una sonrisa dibujada en la mañana alegra todo tu día, un pensamiento positivo, como levantarse y decirse hoy será mi mejor día, inundaré de amor lo otro y en ese mismo instante crecer en la hermandad sublime del aprendizaje, siempre hay algo nuevo que respirar y siempre será el mejor de todos los instantes.

Joaquín fue dado de alta, cuando iba atravesando la puerta metálica los internos lo vitoreaban y se despedían con cariño, lo esperaba su hermano en un terno gris con camisa azul y corbata gris que hacían juego con la mañana en que un hombre había hablado con Dios.

Por Darrune

Menciones Honrosas

ESPÍRITU PEGASIANO

Una niña panzona, un drama en la tv, un perro y ¡se armó!

Era niña...7...8, por ahí.

Con un pelo a lo Jackson y un cuerpo flaco, hipotónico y panzón. De sonrisa amplísima, tanto así, que su padre comparaba el tamaño de su boca con la de Maldonado (Sí, Patricia Maldonado).

Tenía un perro. Uno de esos quiltros que la siutiquería nacional suele llamar “Fox Terrier”, pero que a modo de síntesis podríamos comparar con Washington, el perro de Condorito.

El perro era chico, pero galán desde la cuna. Libertino, atrevido y listillo. Una mezcla entre Marlon Brando y Don Ramón.

La niña y el perro tenían un lazo singular.

Ella le enseñó a darse volteretas cual espectáculo circense (o así lo imaginaba la niña). Al terminar cada número, juraba de guata que el perro reía de buena gana (incluso hoy, si se le pide, puede imitar la risa del can).

La criatura jugaba a apodar en una especie de cadena de derivaciones fonéticas, a su perro. Como en un acto de exquisita y sofisticada liberación de su deseo inagotable por nombrar diversamente lo propio...o lo que ella sentía como tal. El resultado era una serie de apodos encadenados, a veces por criterios onomatopéyicos y otras, simplemente, por la descriteriada emergencia de palabras que llegaban desde lugares misteriosos de su ser.

Amaba a su perro. A su “doberman chico” aventurero y cascarrabias. Lo amaba a su modo eso sí. Lo molestaba hasta decir basta, hasta agotar la corta paciencia de su amigo: Le hablaba en tonos agudos y altos, le daba besos hostigosos en su nariz siempre bien hidratada y le agarraba las patas traseras cuando éste intentaba escapar. El perro la sabía poner en su lugar, hay que decirlo. Recurría a un buen e inesperado mordisco en la nariz de la cría para que ésta por fin se sosegara.

El perro solía dormir con el hermano mayor de la niña. Sin embargo, a veces decidía tumbarse a los pies o en la mitad de la cama de ella, siempre por fuera del cubrecama o entre éste y la correspondiente frazada.

Una noche daban en la tele un programa sobre adolescentes madres solteras... o algo así. La niña lo vio con su mamá antes de irse a dormir.

Se fue a la cama con la música y el tono dramático del conductor del programa climatizando los recovecos de su cabeza. La angustia vaporosa y sin forma aún, poco a poco fue construyendo su juguete-objeto: Ella había escuchado alguna vez que las mujeres se embarazaban cuando se acostaban con alguien...y ella se acostaba con su perro...oh-oh ¿sería eso posible?

La idea y el pánico de estar gestando dentro de sí a un ente mitad perro, mitad humano, la desquició por completo. Varias veces al día y de manera invasiva e incontrolable aparecía la trilogía del terror en su mente: acostarse con el perro-tener una tripa exacerbada-gestación de un monstruo.

Estuvo cerca de tres meses inventando estrategias para mantener a raya el terror:

- Dejó de invitar al perro a dormir a su cama.

- Intentó persuadir a su madre para que la llevara al doctor sin decirle la causa real de su solicitud, sino que aplicando una estrategia sutil y a mediano plazo: se dedicó a mencionar reiteradamente lo sorprendente del tamaño de su panza, como asociándolo a alguna posible enfermedad.

Pero este tiro le salió por la culata y la madre- quizás ya aburrida de escuchar siempre el mismo bolero- burlonamente le soltó la frase del año: “¿No estarás embarazada?”.

El chistecito fue como un dardo que se clavó en la boca de su estómago, inundando de espanto todo su ser.

- Luego decidió ver si tenía más suerte abordando el asunto con alguna amiga, siempre de manera tangencial, casi con elegancia.

Y fue esta última estrategia la única que le devolvió la paz. Cuando supo a través de una compañera de curso que para poder traer a una criatura al mundo- fuese humana, fuese un engendro como el de su fantasía-, además de *compartir un lecho*, a una le debía haber llegado la menstruación...y ella estaba lejos aún de esos asuntos.

La comprensión vivida largo tiempo- para ella una eternidad- se escapó de su alma en un lento, profundo y maravilloso suspiro.

Pero la historia de su vida recién empezaba y lo anterior no había sido más que el estreno despampanante de la angustia zapateando en su cabeza y en su pecho, el episodio inaugural de una particular forma de lidiar con su propia humanidad.

Julieta Dos Noches.

TALENTO JOVEN

Ser diferente no es estar enfermo.

A mí me dicen que estoy loco.

Quizá sea por los peculiares libros que leo, por la extraña risa que hago cuando recuerdo algo que me divierte. Por mi forma de ver todo.

Siempre he pensado que nada es blanco o negro, simplemente, hay una escala de grises. Y conozco a muy pocas personas que piensan como yo.

Mi familia dice que estoy loco por hablar de personajes ficticios como si fueran reales, de hablarle a la pantalla de la consola mientras juego.

Pero siento que soy feliz. Tengo buenas calificaciones en el colegio. Los amigos y amigas locos como yo me consideran una buena persona.

Hubo un día que conocí a alguien. Teníamos gustos similares, en cuanto al hábito de lectura, en cuanto a ver series de animación japonesa, en cuanto a dibujar y escuchar música de oriente a occidente. Sin embargo, él era...un poco más sociable y normal que yo.

Recuerdo que yo estaba solo en mi lugar; era normal. Al parecer la misma esencia que atraía a personas agradables era la misma que ahuyentaba a los demás.

A él no, como noté.

-¿Qué escribes?- dudó, sentado de pronto a mi lado.

Olía a lluvia, tierra mojada. Me gustaba ese olor. Me gustaba oler a las personas, así, cuando olier a algo similar, me acordaría de esa persona.

-Una conversación con las voces de mi cabeza.- para mi gran sorpresa, creí ver los ojos del chico brillar.

-Suena interesante ¿podría leerlo?- me encogí de hombros con cierta indiferencia y le entregué el cuaderno.

Leyó muy rápido. Cuando acabó, de alguna manera, nos pusimos a platicar como si nos conociéramos de años. ¡Jamás me había sentido tan a gusto con alguien!

Su nombre era Nicolás. Era un artista. Tocaba la guitarra y escribía historias que cantaba.

Pero le gustaba sufrir, cosa que no entendía. Solía decir que era un problema andante, que sólo provocaba dolores de cabeza a quien estuviera cerca de él. Le gustaba que le hicieran daño, que le criticaran.

Cosa que, según él, yo sabía hacer muy bien.

-Deja de ser tan idiota.- le dije la primera vez que discutimos. No recuerdo por qué empezó la molestia, pero fue algo ridículo, es lo único que recuerdo.

-¡No puedo, no logro hacerlo! Siempre lo arruino todo, meto la pata y jamás hago nada bien.

-Cállate ya, enorme mentiroso.

-Sólo me estoy hartando.

-Deja de hacerlo. Puedo soportarte, pero tienes que dejar de...ser tan cruel contigo mismo.

-Por favor, no me aportes así. Me harás sentir peor.- lo miré, sin saber cómo reaccionar. Estaba furioso, pero no quería perder a un amigo como él.

-¿Sabes qué? Me da igual. Sabes que de igual forma no voy a alejarme.

-¡Deja de tratarme como si fuera alguien especial!

-¡¿Por qué no debería hacerlo!? A veces eres una porquería, y yo lo he sido contigo, pero ambos seguimos aquí.- un silencio extraño nos invadió.

Sentí un enorme nudo en el estómago y la garganta cuando empezó a llorar.

Me quebré. También lloré.

-...Si tan solo fuera tan fácil decirte todo lo que siento...sin importar las consecuencias...Pero soy una porquería con patas ¿qué puedo hacer yo?

-Dejar de decir tantas mentiras. Terminarás creyéndote todo. Es malo.

-¿Por qué? Todos me ven así...- sonreí y revolví su cabello.

-Porque no quiero que mi mejor amigo se crea una porquería con patas. Así que cállate y vamos a seguir jugando.- él me sonrió de regreso.

Esa tarde derrotamos al jefe de un complicado videojuego.

A Nicolás le gustaba mi locura. Había veces que la compartía conmigo.

Recuerdo que hubo un día en el que yo estaba mal en todos los sentidos.

Ese día escribí cosas crueles y oscuras, alejé a todos a voluntad.

Excepto a Nicolás. Me quitó el cuaderno, y cuando leyó, vi el terror en sus ojos.

¿Temía por mí, o de mí? ¿Cómo un sentimiento como el horror podía hacerme daño?

Fue la primera vez que sentí que mi locura era mala.

Había asustado a mi Mejor Amigo.

Ese día las voces en mi cabeza tomaron el control.

Me metí en una pelea. Le saqué sangre a un chico y al verlo llorar, me reí como nunca en mi vida.

Con locura.

Así se sentía perder el control.

Me salté las clases, me salí de la escuela. Caminar en soledad estimaba el pensamiento, y en casos como el mío, no siempre era bueno.

No escuché la bocina del camión, pero sí el jalón en el brazo y el frío asfalto cuando caí de espaldas.

-Si abandonas este mundo, te odiaré.- mi corazón se aceleró.

-Nicolás...yo no iba a...

-Intencionalmente o no ¡casi te pierdo hoy!- ese extraño silencio hizo acto de presencia.

De pronto mi Mejor Amigo me estaba abrazando.

Ambos estábamos llorando.

No sabía dónde tenía puesta la cabeza, porque escuchaba su corazón palpar con una fuerza que no creía posible.

Él murmuró dos palabras.

Yo también.

Eritza S.A.O

TALENTO MAYOR

Borde

Soy un cero a la izquierda, un perro apaleado, dijo.

A nadie le importará mi muerte, puesto que no me conocen, pensó. Así que da lo mismo que siga casi vivo. Yo, todavía me banco.

Inquieto, de un sillón al otro, preparando mates que no toma, abriendo pantallas que no lee, armando espacios que no habita, mirando todo sin ver, sin poder caminar a causa de su último accidente doméstico, mientras su mente, acerca más y más preguntas.

Algo, dentro de él parece actuar por su cuenta: No es paranoia, entiende que es una parte de sí mismo, oscura, que lo detiene, o le manda mensajes urgentes. Son avisos o llamados, que no logra descifrar, y desatiende. Pero se choca los muebles, un pequeño corte que no cierra en días, un párpado que no responde, los ojos que no reciben la orden ni velocidad del movimiento, pequeños e imperceptibles detalles que muestran un deterioro en la central que debería responder a sus mandos naturales, como siempre, sin dar noticias de su existencia. Como respirar. Como la sangre que circula, las glándulas que protegen, el intercambio de oxígeno.

¿Y si esto crece y un día, una noche, dormido, el comando no recibe la orden de respirar? Ya se ha despertado en medio de un segundo de asfixia, obligado a una gran bocanada de aire salvadora, o sacudido en su cama por la taquicardia repentina. El corazón parece crecer y ocupar mucho espacio, saltando alocado, por un rato. Después se olvida, no hace inventario, excepto frente al médico, que lo envía al psiquiatra, que lo deriva al cardiólogo, que lo manda al psicólogo, que lo devuelve a un especialista cualquiera, quien llama a su amigo, que advierte a su hijo.

Casi nadie alcanza a verlo, a dar el abrazo imprescindible, y aconsejar un camino de salud, de vida posible. Solo su hijo, está dispuesto a reconocerlo, a condición, por supuesto, de que no le rompa la paciencia. Por suerte- se dice- es sano.

¡Ah! Sagrada capacidad de autoprotección imprescindible de los hijos. Esto lo tranquiliza, en medio de tortuosas tormentas espirituales.

Deja de recurrir, entonces, a sus amigos, amores y familiares, que escuchan un rato más o menos molestos y luego se llaman unos a otros, alarmados, tejiendo redes de complicidades comprensibles que lo dejan más y más solo. Desamparado.

Nunca escuchó la única pregunta que podría tener respuesta. Nunca la hizo, porque no la ha escuchado, no la conoce, y, sospecha que no ha sido inventada.

A su alrededor todo el mundo sigue andando. Rengos, más o menos vivos, autoengañosos, angustiados, ilusionados, más o menos estables, según quien sea. Pero, atrincherados en sus mundos

imaginarios o en sabias construcciones que los sostienen, cada cual, avanza. No seré yo quien los desenmascare, advierte, recordando lejanos estropicios.

Y está bien, piensa entonces. ¿Por qué deberían mirarme en transparencia? ¿Quién quiere ver a otro con sus tripas al aire?

¿Quién que no se haya visto a sí mismo en su pequeña comedia cotidiana estaría dispuesto a mirar a otros? ¿Y para qué hacerlo? ¿Y quién me autoriza a juzgar así los mecanismos de sobrevivencia de cada quien? Se lo repite a menudo, tratando de inventarse una ternura, un afecto, un respeto, un abrigo, que no logra sentir.

¿En qué parte del camino, se pregunta, cayeron bombardeadas las defensas? Y ¿Por qué no hubo reconstrucción? ¿Cuál de sus recorridos hacia adentro, donde llama la voz lejana de su madre, que oculta diciendo *“No hay que mentir”, o, “un día sabrás...”* y la del hermano que decidió no seguir viviendo: *“habla poco, dos veces a lo sumo, si es necesario”,* aquella frase enigmática en su momento, que le regaló para su recepción y quedó impresa en las tarjetas: Cual, de esos laberintos de búsqueda desesperada de luz lo atrapó, secuestró, devastó? ¿La verdad o la mentira?

¿Cómo fue que le tocó, se repite en momentos de lucidez, escoltar a su madre, con solo siete, ocho años, que lo retuvo y detuvo como testigo de sus repentinas crisis, llantos desgarradores e interminables, que hirieron su infancia y socavaron su fe en el devenir, mientras la velaba inerme?

¿Por qué puso frente a él ese espejo de tristeza y de ojos asustados, eligiendo luego a otros hermanos y hermanas para sus alegrías, para los juegos livianos que dan nombre, para los afectos corrientes que habilitan? ¿Cómo su padre lo dejó allí, solito?

Porque no supieron hacer otra cosa, dice dentro suyo, la sensata voz de su terapeuta de turno, quien también, rápidamente cierra el capítulo, mira hacia otro lado, tranquilo con el recitado de su decálogo. *A eso habrá que verlo*, dice, mandando las respuestas a la eternidad distribuida en 45 minutos ad infinitum, pero omnia, saecula, seculorum. Amén.

Sabe que le tocó nacer justo durante el naufragio de las ilusiones de su madre, entre traiciones, intervenciones quirúrgicas, electrochoques, psicofármacos y desmentidas.

Pero aún con ese sino, ¿Cómo se dejó arrastrar el alma a la zona de la sombra, de la aridez, de planetas muertos, y no le alcanzó la brazada para tocar la playa de sol y estrellas, que también había?

Que cuando rozaba le era arrebatada por el reflujo que lleva a lo profundo y la oscuridad.

Porque no supiste hacer otra cosa, responde en su interior la voz que explica.

Bien, lo acepto, se responde. Pero, sigue elucubrando, ¿Cómo fue que ese niño brillante, feliz e ingenioso pudo ser tan lastimado, a puro amor, condenado a fracasar en cada intento, desterrado de la tierra donde todos los demás, se las apañan? ¿Cómo es que saber no alcanza?

-¡Manda decir el Señor Alcalde, que a partir de hoy, Dios es uno y trino!, grita su bando por el altavoz en la plaza medieval, el alcahuete del film *Amanece que no es poco*. Y todos así pasan a considerarlo, que cuanto más difícil de entender y calificar sea la verdad suprema de turno, a la que se le teme por si acaso, mejor. Somos ignorantes, y lo que no entendemos suena importante, y veraz, recuerda.

Mientras se esconde y decide que hacer en los próximos seis meses, ya sin esperanza de encontrar compañeros de ruta, comienza a hacer una lista de lastre del que desprenderse.

A ver si, en una de esas, aliviado, logra zafar del accidente fatal, que un día, tranquilizaría a quienes creyeron haberlo querido.

Y..., termina casi reconociendo, ¿Por qué necesito sostener la inquietud, la mirada preocupada sobre mí? ¿Qué pasaría si desapareciera de los pensamientos de todos? ¿Si solo fuera uno más? ¿A que me obligaría la certeza de mi presencia como una posibilidad para el mundo? ¿A que me vería comprometido? ¿Cuánto costará el peaje en ese territorio, y cuanto dolerá transitarlo?

Las preguntas, solo suman preguntas, o sea, se da cuenta, son capciosas trampas de un pensamiento autoconmiserante.

Sin salida, decide irse a dormir, pasar al otro lado del espejo, donde siempre le es perdonada su vida. Por ahora, se consuela, sigue sirviendo como refugio para la mente.

Al cuerpo ya logró detenerlo, por ahora, quebrándose dos huesos periféricos, dos dedos de los pies, un comienzo, por algún extremo posible, molesto y doloroso pero eficaz para todo concepto.

Por ahora.

Sin embargo, espera llegar vivo al armisticio, en su guerra interior, en que las tropas aliadas llenas de flores, dentro de sí mismo, lo rescaten del olor nauseabundo de la muerte.

Migrante.

Seleccionados

Almas Seltas

Soy la niña que no mirabas en los recreos, la que estaba siempre sola en el patio. La misma niña a la que le ponías apodos.

Cada que miras de nuevo a una chica así, me miras a mí.

Porqué fuiste creciendo y siempre supe cuando me observabas a lo lejos, lo notaba, tu extraño ser no dejándome morir a cada intento.

Y lo viste todo, aquellas manos en aquellas noches, durante esos años te abrazaste a mí y me hiciste fuerte.

Hasta que llegué a la edad en que quería salirme y me rebelaba contra todo. Nuestro peor grito, era el del estrepitoso silencio.

Nos quedamos en la nada, alejadas de todo, ya no querías que me hicieran más daño.

Y cómo un par de tontas caímos y al menos creímos conocer el amor.

Y me viste caer, te quedaste conmigo justo cuando la tormenta se ponía peor.

Hicimos algunos de nuestros primeros amigos y como era ya nuestra costumbre: llamábamos la atención.

Nos hicimos modelo a seguir de muchos y producíamos la envidia de unos cuantos.

Pero mi cuerpo ya no era suficiente recipiente para albergarte, no eras tú, eran muchas y una sola al mismo tiempo.

Cada vez que me miraba en el espejo, veía como el frasco se resquebrajaba más y más.

Nos habíamos convertido en un rompecabezas tan grande que ya no hallábamos sitio suficiente para almacenarnos.

Hasta que en aquella estrepitosa noche, saliste para adueñarte de mi mundo. No hubo más que un grito y dolor en medio de tantísimo silencio. Pasé la madrugada aferrándome a la vida, mientras ahora presumo, que tú estabas temerosa de mí.

Desde entonces entraste y saliste a voluntad de mi cuerpo; ya nadie nos conocía, nos llegamos a poner tan delgadas que la vida se nos quiso ir de las manos.

Pero nunca me soltaste, no te quisiste ir ni tampoco fuiste capaz de dejarme las veces que quise hacerlo, las veces que yo intentaba irme. Nos repusimos y vinieron años llenos de luz.

Nuestro único reto era armar el rompecabezas de ambas para poder saber quiénes somos. Cuidabas cada marca que me hacía en los brazos y ponías una nueva cicatriz.

Seguimos tomadas de la mano en este pequeño misterio llamado vida, tratando de darle forma y color a nuestro paisaje, al camino que construimos cuando despertamos y nos sabemos vivas.

Gracias por hacerme así: Esquizoafectiva.

Felanda Gómez

Atrapen al viento

Si algún especialista en higiene o salud mental lo hubiese sorprendido en ese momento, en esa facha y dando esas órdenes, lo más probable es que habría sugerido recluirlo por algún tiempo. Es que así era don Ismael. Imprevisible. Desde que llegó por primera vez alborotando a esa gente, que hasta entonces vivían en forma ordenada y tranquila en un pueblito enclavado en plena Cordillera de Nahuelbuta, donde nunca acontecía nada que perturbara la apacible y monótona existencia de Contulmo, en ese entonces, era una villa con pocos habitantes, no obstante, recién se había inaugurado una moderna escuela agrícola. Allí, precisamente habían enviado a don Ismael, como profesor. Don Ismael Delgado, a pesar de su apellido, era un hombre gordo, que le costaba respirar, tenía la cara como tomate de colorada. Vestía un delantal color caque, cuyos botones desplegaban una cruenta lucha por mantenerse a salvo de la obesidad de su dueño. Sarcásticamente le decían El guatón Delgado, sobrenombre que él entendía y soportaba estoicamente como una ironía del destino.

A pesar de su gordura, sus movimientos eran livianos y donosos, saltaba con tanta gracia y agilidad, que se diría que era un gordo con vocación de flaco. Justamente, en esos avatares se encontraba esa mañana, en la plaza del pueblo, a donde había llevado a sus alumnos a desarrollar una actividad, que para los que a esa hora transitaban por ahí, lo que estaban viendo era una cosa de locos, descabellada, de la que en algún momento, él tendría que dar nuevamente explicaciones, o a los apoderados, o en su efecto al alcalde, ya que había sido él, quien lo había contratado. No era la primera vez que don Ismael, perpetraba lo que algunos consideraban un desatino, ya en otra ocasión tuvo serios problemas, cuando en una clase de Artes Plásticas, le puso tanta pasión y realismo al intentar demostrar cómo y por qué Van Gogh perdió su oreja, que terminó esa mañana en el hospital inconsciente, con la mitad de su oreja cercenada.

Se comentaba también que en un colegio de Traiguén, imitando a Fray Angélico, proponía a sus alumnos dibujar de rodillas, cuadros que tuvieran motivos o elementos religiosos. O bien, en otra oportunidad cuando presentó el proyecto de construir una guillotina con hélice para partirle el corazón en cien pedazos a los que se negaran a dejar de cazar golondrinas. Así era él de sorprendente. Por eso, en esta oportunidad, existía de igual forma una cierta preocupación. Pero don Ismael haciendo caso omiso a los mordaces comentarios e ignorando a la multitud que se había aglomerado, continuaba saltando, abriendo y cerrando los brazos, cruzando y descruzando las piernas, gritando: “Vamos niños.. ¡Atrapen al viento!. Tú, José Luis... amárralo a ese árbol,...eso ...así se hace.... Anselmo.. sujétalo de las mechas, como la otra vez.... Remigio...agáchate y afórrale un mangazo...bien ..Fermín. Era todo un espectáculo. Los muchachos corrían de un lugar a otro, tropezaban, caían, se volvían a parar, chocaban entre sí.

Era tanto el entusiasmo, que no faltó alguien del público que quiso incorporarse, pero él lo detuvo, diciéndole que eso era un asunto personal entre el viento y los chiquillos. Y cuando don Ismael, consideró que el evento finalmente había concluido y que todo había sido controlado como estaba previsto, comentó, “ Bien jóvenes, ésta sí que fue una verdadera emboscada la que le hicimos, no como la anterior, cuando el viento nos hizo lesos, disfrazándose de humo, atravesándole las costillas a Rosendo y llevándose como rehén la sombra del Braulio”. A esas alturas, ya para nadie era un misterio que don Ismael había heredado la locura del viento, y del sol, el ardor y la pasión.

Bordemar

Cóctel de ambulancia

Nunca había escuchado una sirena de ambulancia desde dentro: yo era la que llevaban recostada en la camilla.

Una amiga me salió a buscar a la calle y me encontró de suerte, justo me estaba bajando de un auto lleno de hombres, medio tomados y muertos de la risa, preguntaba insistentemente por EL. El que manejaba el auto me dijo yo soy Luis (EL) y quiero que te bajes. Caminaba sin zapatos (los había dejado en una iglesia en ofrenda a la Virgen y a mi amor puro, esperando que EL llegara). Ya en casa mi amiga me maquilló, me vistió para salir y me dio un gin con gin para entretenerme, para seguirme el amén.

Desde toda esa tarde había buscado a mi amor, después que EL me dijera: Tú estás loca (y en ese instante algo en mi mente se hubiera resbalado adentro, se hubiera entregado). Entonces empecé a tocar timbres, a golpear puertas vecinas desconocidas, dulcemente, una tras otra, una tras otra, preguntando por EL. El mundo era blando, cuchicheaban, todo lo que decían tenía que ver con EL, con mi búsqueda, estaban confabulados para que yo, en algún momento, lo encontrara en un abrazo, en un beso.

Él se enteró de mis paseos por los vecinos: le avisó a mi hermano. Mi hermano le avisó a mi amiga, pidieron la ambulancia, esa que tocaba la sirena desde dentro.

Vomito con el movimiento y la mezcla del alcohol y las inyecciones. Sucia y casi avergonzada, escucho al camillero al bajarme reclamar que a quién se le había ocurrido darme alcohol.

Una enfermera me baña con cuidado. Me acuestan en una cama blanca, amarrados los brazos con una camisa de fuerza y las piernas abiertas, también amarradas. Grito que me van a violar. ¿Quién te va a violar? Me pregunta el enfermero. Luis, digo angustiada.

- Buuu, ese está muerto de susto, me contesta.

Me dejan sola para que duerma. No puedo, nunca he dormido de espaldas y menos abrazándome a mí misma. Derrepente mi mano derecha descubre un nudito, una hilachita y empiezo a desenhebrarla, me ayudó con la mano izquierda hasta que me suelto los brazos y me desanudó las piernas.

Me siento poderosa como la Scarlet O'Hara en Lo que el viento se llevó y me juró a mi misma que nunca, nunca más me van a amarrar. Me ovillo como una niña pequeña y me quedo dormida.

Rensosan

Cuento de Navidad

Querido amigo:

He estado hospitalizado...hasta ayer no me dejaban salir, el doctor, en la visita diaria, dijo que me encontraron en la calle... inconsciente... no hablaba ni reaccionaba.

-¿Sabe dónde está?, pregunta el doctor.

-Si, en el meridiano cero. – contesto.

-¿Que es el meridiano cero?

-El meridiano cero, es el meridiano cero, como ser el paralelo cero, un punto de referencia de partida o de final

-¿Y hace cuanto que estas aquí?

-Hace mil años estoy aquí... hace mil años... hace mil años.

-¿Sabes quién eres?, pregunta el doctor.

-Yo soy, la casa de Dios a una hora exacta.

-¿Y a otras horas exactas?

-A otras horas exactas soy Aries, el loco, la muerte, Tauro, Virgo, bueno y tantos otros.

-¿Y tú puedes presentarte cuando quieras?

-Eso no es cuando quiera uno, sino que tiene horas exactas para presentarse.

-Y por ejemplo ¿Cuáles son esas horas exactas?

-No, eso es un secreto sideral.

Ingreso por un pasillo respondiendo a una interconsulta cursada para el 19 de Marzo en la Unidad de fármaco-dependencia y alcoholismo del hospital donde estuve hace ya 10 meses a las 9:00 horas. Hacía mucho calor, el cuerpo me sudaba; con aire de nerviosidad al borde de la histeria, caminaba tratando de escuchar los ruidos que emite un objeto de devoción ,a la derecha un patio de luz, al parecer extraído del Cementerio General.

¡Estamos en el purgatorio! Comentaba Martín, de estatura mediana, de pacífica expresión en la mirada. En el lugar de aire común se respiraba olor a enfermos, heridos, traicionados, abusados, incomprendidos, atormentados, algunos con la mirada fija, agrupados en un mundo y otros queriendo pasar invisibles como perdidos en el suyo, deambulando quizá en lo más profundo de su historia donde la confusión y la oscuridad nos abrumaba a todos, sentimientos que forman parte de la condición humana en algunos sujetos en forma permanente, pero también posible en otros felices y satisfechos.

La doctora que me acompaña me invita a entrar a un amplio salón muy antiguo, alto, al pisar el suelo de madera este rechina como tirándole la cola a un gato, de enormes puertas, con un escritorio gigantesco, dos anaqueles médicos de color blanco y ventanillas de biseles esmerilados al costado izquierdo, de fondo dos gigantescas ventanas a un tercio de muro, de dos hojas cada una, ambas cerradas, las cuáles eran empujadas por el ataque de cálidos rayos de sol, los que se filtraban por los

costados. La iluminación fluorescente, oficiaba un ambiente frío y nebuloso, cosa extraña, se respiraba consuelo.

Estoy sentado, no sé qué me pasa pero estoy empezando a asustarme, estoy pensando rápido, demasiado rápido, de pronto mientras me sobaba el cuello con rapidez, en mi mente un ángel baja del cielo y me enseña cómo sería la vida si yo no hubiera nacido.

Soy padre, recuerdo la navidad para distraerme y arrancar de otros pensamientos, ya no escucho música, no leo libros, no veo películas, me siento triste, no sé lo que me está pasando.

Tras el escritorio, el doctor Dachart, una persona que me parece muy joven para la enérgica postura que transmite. A un costado del escritorio, delante de él, se encontraba una doctora, la que me acompañaba y al otro dos, una de ellas seria y la otra coqueta, de a poco fui recobrando mi aplomo y el doctor me pregunta por mi condición y ellas anotan la conclusión diagnóstica del doctor:

“El paciente establece criterios de verdad pero desconoce la verdad sobre sí mismo. Rompe el código y queda afuera, sin sentido, pero marca la pauta del adentro del sentido, la máscara que no oculta. La cultura desnuda, el límite o deslinde que desconoce su naturaleza, en otras palabras, puede ser el paradigma de lo irreal que da la explicación a la realidad.

Se recomienda terapia grupal, para sofocar la angustia, Sertralina 20ml y Clonazepan 50ml en caso de ser necesario.

Al salir escucho desde el umbral de la puerta al doctor decir dirigiéndose a sus colegas:

-“Normalmente las personas depresivas, que se quitan la vida lo meditan con anticipación, no tienen apuro, demuestran una serenidad melancólica, tranquila, proyectando hacia el exterior mejoría. No siempre el enfermo depresivo quiere morir, lo único que desea es eliminar un profundo dolor y el peso de la ansiedad, siente que luchar nunca ha sido el propósito de la vida, sino que desarrollarse desde su origen en un fluir de conciencia pura”. Sopesando la ganancia contra la pérdida, según Blaisé Pascal “eligiendo que Dios existe, si ganas, lo ganas todo. Y si pierdes, no pierdes nada. Apuesta entonces sin vacilar a que él existe.” Acción la que en una fracción de segundo, siguiendo el rito abre la puerta al inconsciente y ya...

SÁBADO 29 DE AGOSTO 2015

9:30 HORAS AM

OTOÑO (8 GRADOS DE TEMPERATURA)

-¡Señor, señor! -Me insiste un vigilante de risa pronta.

-¿Yo?

-Sí

-Dígame.

-No meta al perro en la jardinera.

-Disculpe. Yo no lo metí, él entró.

-Bueno, saque a su perro de la jardinera.

-No es mi perro, es de mi hija.

-Bueno, dígame a su hija que lo venga a sacar.

-Una vez que me corresponda venir a buscarla.

Deambulo por el barrio esperando por otra vida, ya que definitivamente voy a necesitar otra oportunidad para entender esta.

Trece

El hombre-pájaro

Decidí usar la mano izquierda para escribir; así empezó este proceso. Algunas veces me iba en el autobús D03, en dirección oeste y hacia Diez de Julio, recorriendo toda Irarrázaval, para luego volverme por la misma avenida hasta alcanzar Plaza Egaña. Porque sí, porque se me venía en gana hacerlo. Al mediodía o en la cena tomaba primero el postre..., no siempre, claro; en ocasiones elegía el plato de fondo para luego continuar con la entrada. Le dije adiós al mecánico "¿cómo estás?" con el que acostumbramos saludar sin que nos importe recibir una respuesta, y lo reemplacé por lo que me sintiera motivado a decir en ese momento. Aleatoriamente, cambié la ducha mañanera por una nocturna, por un baño de tina a la hora de almuerzo, uno a la romana durante el *break* en la oficina... o por una ley seca de incierta duración. En casa opté por variar la disposición de los muebles según el horóscopo de Pedro Engel o mi ánimo afectado por los nuevos hechos de corrupción institucional que se fueran develando. Observé las estrellas, plantas y piedras de la región y aprendí sus nombres; así pude dirigirme a ellas con el debido respeto. Comencé a escuchar atento y con real interés a mis interlocutores, sin preocuparme por preparar una respuesta inteligente. Capté, por fin, que dos más dos no son necesariamente cuatro y que, tras la aparente cordura de los normales, se esconde la locura pasiva de una medianía sin resolución.

Así fue como aprendí a volar.

Ding-Dong

El hostel de Violeta

Me anotaron en el Registro Civil de Chile dos veces en mi vida. La primera con el nombre de Fernanda López Gallardo; la segunda, como Violeta Parra Sandoval, cuando me preguntaron, acá en el hostel, quién era. A Fernanda –afortunadamente– logré matarla cortándole las venas de su muñeca derecha, una tarde en que ambas nos habíamos quedado solas en su casa. Me espiaba. Tramaba algo en contra mía, porque llevaba varios años estudiándome. Estaba obsesionada con mi vida y mi obra. Cuando casi logro recordarlo, el aturdimiento no me deja pensar con claridad. No tomaré más esas pastillitas que nos dan acá en el hostel. Era en su casa o en la mía. Quizás no estábamos en ninguna de las dos, pero sé que era Fernanda y yo. Sobre el comedor había un montón de libros con páginas amarillas y quebradas, lograban sobrevivir gracias a unas partituras perfectas y versos desgarradores, Fernanda anotaba, tomaba nota, consultaba más libros, se miraba en el espejo y alucinaba que me observaba con vehemencia, como si yo estuviera ausente; yo cantaba. Muchos lápices y papeles arrugados; otros con anotaciones al margen y dibujos aburridos. Entre las dos no hablábamos mucho, de hecho no creo recordar algún momento en el que Fernanda y yo, hayamos cruzado alguna palabra. Sin embargo, llevábamos varios años relacionándonos. Y encontró datos reveladores de mi vida, hasta que...

Gritamos, gritamos, gritamos, gritamos, corrimos, corrimos, corrimos, corrimos. La tomé por el pelo la empujé a la muralla... un respiro, volaron las cosas, los papeles flotaron hecho pedazos, quedamos desnudas, la sangre fue manchando los restos de papeles con las partituras... nos quedamos en shock corrimos, corrimos, corrimos, gritamos, gritamos, gritamos... un cuchillo... muñeca derecha... las venas abriéndose. Negro. Hombres de blanco, una sirena.

Desperté tranquila y serena en este hostel. No sé cuánto tiempo habrá pasado. Me preguntaron cómo me llamaba: Violeta Parra, anotó un tipo que me quedó observando.

Seguramente no podía creer que estuviera frente a la mismísima Violeta.

En mi muñeca derecha había una venda blanca con algunos manchones rojos, que aún estaba húmeda. Creo que me caí, por ahí. ¿Y Fernanda?, les pregunté. El tipo volvió anotar mientras me seguía observando con incredulidad. Realmente no podía creer que estuviera con Violeta. Creo que desestimé la fuerza de Fernanda. Bonito el hostel, les comenté a los demás huéspedes, pero ninguno me respondió. Creo que son tímidos. Me han traído, de vez en cuando, una guitarra. Quieren que les cante mis canciones. No soy capaz de reconocer ningún tipo de nota en las partituras. No sé qué me hizo Fernanda. A lo mejor estoy perdiendo la memoria. Ni Ángel ni Nicanor han venido. Quisiera escapar de este hostel, volver a la peña, correr por los cerros, tomar vino, tomar la escopeta... a la sien.

Julio Rivera

La teoría del cisne rojo

Agnès dio las últimas pinceladas. Se secó una gota de sudor que le brincoteaba en el párpado derecho y se tocó el estómago, que acababa de rugir. Estaba hambrienta. Suspiró. Eso no importaba. Miró el cuadro. Definitivamente, no tenía talento. Ni un poco de mierda de talento. Ni para perder concursos lo tenía. Ni para la comida, ni para el sexo. Lo pensó mientras se cambiaba de ropa frente a aquella imagen de un hombre con un libro en la mano: *Precis de Manuel Operatoire*, de Louis Hubert Farabeuf. En la pintura expresionista, el personaje estaba sentado en una piedra cuadrangular, mirando hacia un puente maltrecho en una calle opaca y agrietada.

No sabía por qué, pero esa figura se le había aparecido una veintena de veces. No en un sueño. Era una alucinación en la vigilia que llegaba indirectamente, como una cucaracha que de pronto aterrizase cerca de sus pies, inmune al aplastamiento; no importaba qué hiciera o dónde se hallara, esa imagen (la ecuación: hombre-libro-puente-piedra) inundaba su cabeza de forma tan vívida, que parecía quebrar el vidrio de la realidad y distorsionarla, como si fregara aceite de linaza en una pintura fresca. Luego, aquella imagen se quemaba en el aire silenciosamente, a lo que seguía una asquerosa sensación de soledad. Decidió, entonces, pintarla, para apresarla de alguna forma. Había tratado de hacerlo cincuenta y cuatro veces y aquella, la cincuenta y cinco, resultaba ser la mejor. Era una mierda.

Dejó de pensar y salió, encaminándose hacia el departamento de Barthélemy, su compañero de cama. Hacía un día caluroso, pero grato, y se le había antojado revolcarse con él un poco y quizás comer algo, para variar. Asistirían a una cafetería o a un pub esnob de esos que a él tanto le gustaban. Pensó. “Un poco”, le había dicho él. Esas eran las palabras correctas para describir a Barthélemy: “un poco”. Era como si fornicara con su misma pintura expresionista, con un personaje alargado, difuso, que jamás terminaría de definir sus límites ni su función en el mundo.

Llegó a su destino. Nada de revolcarse. El muchacho no estaba en casa.

Agnès se encontró con una puerta de madera rotundamente cerrada, como estarían sus piernas y su estómago. Retornó los pasos. Quizá podía pasar a la galería a ver las obras de esos artistas noveles a los que tanto envidiaba. Quizá no. Ver otras pinturas le recordaba su miseria. Mejor iría a comer, aunque fuese sola. Patética. Musa de bichos negros.

Caminó cuatro calles. A la quinta, se encontró de golpe con una imagen familiar, un cuadro que se inyectó en su cerebro como un pico de hielo precipitado a la tierra: un hombre mirando hacia un puente maltrecho, sentado en una piedra cuadrangular; en sus manos tenía un libro cuyo autor era un tal doctor Farabeuf. Ella tardó en reaccionar. Creyó que se trataba otra vez de esa maldita ensoñación. Entrecerró los párpados. Enfocó correctamente la escena. Una fina espada se le iba clavando en la espina dorsal y, abruptamente, el mundo cesaba su órbita. Se frotó los ojos y los abrió, casi al punto de sacárselos. Sin poder evitarlo, vomitó. Nada, pues nada había dentro de ella.

La violenta arcada la obligó a flexionar el cuerpo dolorosamente. Miró el pavimento. Cerró los ojos. Al alzar la vista, la imagen dejaría de estar allí. Seguro. Se trataba de un espejismo. Un alucine.

Suspiró y alzó el rostro hacia el hombre. Para su sorpresa, aquel ya no estaba sentado en la piedra, sino frente ella. El hombre la vio, ecuánime. Se acomodó los lentes y habló:

—¿Qué probabilidad había?

Su voz sonaba como un río que corriera apaciblemente entre las rocas. También sonaba como aleteo de cucaracha. Ella no resistió el impulso y le tocó la cara.

—Yo sé que te llamas Salvador —dijo, trémula, incapaz de hacer cualquier gesto—. Te esperé tanto...

Regresaron al departamento de ella y tuvieron el sexo más grosero que les fue posible. ¿Qué probabilidad había? Agnès decidió no preguntarse más y dejarse llevar por la sudoración, el temblor magnificado de la carne, las vocales extendidas, los sonidos indeseados, los fluidos ascendentes y derramados. La vida era un pasar de flujos, una pincelada sencilla y veloz.

Después de dos orgasmos, se quedó dormida.

Elizondo terminó el cuento, muriéndose de hambre. Era una mierda proverbial y vacía. Indigna de él. Los recuerdos no deben ser materia prima. Ocluyen la imaginación. Limitan la potencia de la luz. ¿Qué había sido de aquella muchacha llamada Agnès, que conoció en París? Ah, sí: asesinada por ese tal Barthélemy. ¡Bah! Una perra sin sabor, aspirando a musa. Encerrada en su casa, violada y olvidada, hasta morir de hambre, ¡vaya final! El tipo la había obligado a pintar la misma figura una y otra vez. Ingeniosa tortura, pero no como las chinas, no como “los mil cortes”. Los occidentales solamente torturamos como niños que aplastaran cucarachas, pensó. Nos falta poesía en la maldad. Tenemos límites.

Él, como cualquier persona, no extrañaba a Agnès; solamente le parecía que en la vida existían sucesos inesperados y que la existencia era la sumatoria de esas fatalidades improbables, pero perfectamente posibles. Nada que repensar.

Agnès miró el cuadro. El hombre, la piedra, el puente y el libro. No sabía desde dónde miraba; sólo podía sentir que ya no había frustración, encierro, hambre, calor.

Ahí estaba simplemente Elizondo, escribiéndola para siempre, volviéndola parte de una historia que el tiempo no podría borrar. El pene de Barthélemy penetraba su vulva, una y otra vez, generando las palpitations infinitas del sol, trayendo luz y carne a los mortales que almuerzan en los pubs y visitan las galerías.

—Te va a doler un poco.

Elizondo se iría a una galería; estaba cansado de escribir y además estaba hambriento. Se limpió una gota de sudor en el párpado derecho y se tocó el estómago. Suspiró. Es una mierda de cuento. Mejor será escribir sobre la metafísica del instante o sobre las cirugías. Al mundo tanto más le da. Nadie honrará a esa mujer. Ni a las letras. Quizá mañana descubramos que la realidad es un cuadro expresionista, una novela inconclusa o una fotografía borrosa que ya nadie recuerda.

Para todo hay posibilidad y olvido; menos para el hambre, por supuesto.

En eso pensaba cuando Barthélemy traspasó la puerta de madera del cuarto. Le llevaba un libro.
—Agnès —le dijo al cadáver, lleno de cucarachas—, yo te invitaré la cena.

Por Salvador Nefelibata

La frondosa mirada

Entre las rendijas que permitían mirar el patio derramó su frondosa mirada. Pudo ver otros hambrientos ojos escrutando el patio común mientras un hombre vestido de oscuro color paseaba hurgando en rincones, buscando algún vestigio de normalidad con pupilas filosas.

De vez en cuando las filosas pupilas se alzaban, estrictas, soberbias esbozando una mueca socarrona. Muchos de los hambrientos ojos desaparecían, yo diría que todos, salvo él, el de la frondosa mirada. Sus ojos no vacilaban cuando las pupilas filosas tomaban vuelo amenazando surcar el espacio como saetas, sus ojos solo parecían hacerse más frondosos y aunque el lapso de tiempo en que esto pasaba no duraba más de tres o cuatro segundos por reloj, la impresión que quedaba en el aire era que había ocurrido en una vuelta completa del sol a la galaxia.

El ritual de búsqueda se repetía una y otra vez cada noche y cada vez las pupilas parecían más filosas y los ojos hambrientos se iban tornando más famélicos. Solo la frondosidad de su mirada no parecía mutar en lo absoluto salvo cuando, como indicaba el ritual, aquellas pupilas filosas encontraban la misma línea que él, como cada noche.

Ya nadie quedaba indiferente ante tal situación. Cada noche la escena era idéntica, puedo asegurarlo, no obstante cada noche parecían asomarse más y mejores detalles de lo que estaba ocurriendo. Las voces emanadas de las rendijas que albergaban a los hambrientos ojos que cada vez se tornaban más famélicos formaban un murmullo cada vez más incesante presagiando que en cualquier momento era su turno de experimentar el nuevamente el pavor y desaparecer en las sombras dando paso al siguiente movimiento. Cuando terminaban de habitar el miedo sentían la satisfacción plena de quien acaba una tarea con precisión, sabían que podían respirar aliviados y enfocarse en lo que venía a continuación, la escena siguiente.

La luz de la puerta de la oficina de guardia que al principio solo era la de una ampolleta de 60 watts habíase convertido en un foco "led" de alta potencia

y el simple marco de la puerta ahora emanaba fuego como si tratase de la puerta que da al averno, de ahí ya no emanaban los filos de una aguja si no los de unos puñales enormes de negro acero, y hasta el cielo lloraba sangre en medio de los relámpagos que iluminaban las sombras y consumían de terror nuevamente a los famélicos ojos que no dejaban de mirar por no perderse el momento en que un trueno resonaba estrepitosamente como cada noche en el mismo momento y se cruzaban las líneas de visión de las pupilas filosas con la de la frondosa mirada y la inmutable frondosidad de la frondosa mirada mutaba prodigiosamente hasta hacerse lo suficientemente frondosa para que el filo de esas pupilas disminuyera y aun cuando todo pasaba en tres o cuatro segundos se sintiera como si hubiesen pasado un par de vueltas del sol a la galaxia.

Como cada día, los ojos hambrientos dispusieron todo para la noche.

Tomaron su té temprano y arreglaron sus literas, fueron al baño, nadie quería estar acudiendo al mismo en medio de la acción y ensayaron en silencio su entrada y su salida de escena. Cuando todos estaban listos podían verse las rendijas pobladas de blancas esferas que parecían flotar en el vacío, casi se percibía el unísono de las respiraciones, casi adivinar el movimiento de los hombros de aquellos que miraban.

El mismo tétrico rechinar de la puerta metálica, el mismo pánico sincrónico, el mismo movimiento ocular que agranda la órbita cada vez más, el mismo diluirse de las esferas blancas en las sombras, la misma exhalación aliviada de la tarea cumplida.

Luego de su té sus pupilas comenzaron a hacer memoria de cada milenio vivido, desde la inicial arista hasta el inconmensurable filo que hoy albergaban y mientras abría la puerta lentamente recordó sus primeros chirridos, esos pobres y simples chirridos hoy provocaban aquello que siempre pudo ver que provocaban y su gozo era desbordante cuando sus botas cruzaban el marco y la luz de la oficina recortaba su figura en la muralla oriente haciéndolo ver imponente y maléfico.

Su ritual de búsqueda de vestigios de normalidad comenzaba como se lo esperaba, viendo desaparecer en las sombras de las rendijas esas esferas blancas que se movían nerviosas y hambrientas. Entonces todo lo que restaba era mover un par de cosas por aquí y alumbrar un par de recovecos por allá para luego alumbrar azarosamente con la luz de la linterna alguna rendija agudizando el filo de las pupilas por un instante y proceder a cambiar de dirección. Esto debía hacerlo con calma, no podía permitirse un error. Un momento de vacilación, apurar el curso de las acciones o adelantar un movimiento, sería fatal. El instante donde se encontraría con esa frondosa mirada de todos los días estaba en ciernes, quien sabe qué cosa ocurriría si cambiaba algo. Su corazón se aceleraba siempre que pensaba esto, por eso cada día debía mostrarse más fuerte y afilar sus pupilas, no había tiempo que perder se aproximaba su turno de mirar esa rendija en particular.

El vacío de la sombra.

Por primera vez.

Si antes el instante parecía durar tres vueltas de sol a la galaxia, ahora se asemejaba a la eternidad.

Nadie respiró en esa eternidad.

No sé cómo llegó el día pero llegó y luego vino una noche y así sucesivamente.

Entonces los ojos hambrientos comenzaron a desaparecer menos, curiosos de lo que ocurría y en vez de pánico comenzaron a sentir otras cosas, cosas que parecieran haber sido aprendidas nunca.

Los filamentos fueron desapareciendo a medida que el instante de detenerse frente a la rendija se fue alargando y la búsqueda de los vestigios de normalidad fue disminuyendo en tiempo e intención. Ya nadie preparaba la escena, algunos hasta perdieron el interés en continuar manteniendo ese modo de sentir alivio, otros actuaban de modo extraño, como despojados de la estructura que los sostenía.

Un día, salió de la oficina de guardia más temprano de lo que usualmente hacía. Había algunas esferas blancas levitando en la sombra, otras iban y venían, otras desaparecían, otras se quedaban. En sus pupilas no había ningún filo. Caminó por el patio y se fijó en la rendija vacía, no duró más de un par de segundos esa mirada y se sintieron como verdaderos dos segundos. Al voltear se dio cuenta de esos ojos hambrientos encontrándose con sus pupilas. El momento fue largo, lo suficientemente largo como para darse cuenta que en sus pupilas había brotado algo.

Neurona Reumática

Lamento cartonero

Tú me regalaste este frío que ahora me envuelve. Las manos se me deshacen intentando hacer el fuego que tú tienes a montones allá en tu guarida intemporal. No sé invocar el fuego, así como tampoco sé buscar el calor; nunca aprendí a resguardarme del frío, yo sólo te seguía y observaba tu sombra en los lugares en que el sonido se perdía bajo el asfalto, cuando ya no quedaba voz para seguir pidiendo comida, cuando la garganta se oprimía a sí misma por la desesperación. Esos eran los únicos trances que reconocí entre tanto viento que tuve que soportar junto a ti.

Recorro las mismas calles sin comprender en qué momento se volvieron tan duras, las zapatillas se me pegan como si el suelo quisiera absorberme, yo lo miro largo rato para ver si alguna mano huesuda intenta retenerme, pero sólo aparecen de vez en cuando ratones que chillan y pasan de largo. Los rápidos contornos de la gente avanzan a medida que busco alivio, abrigo esperanzas de menos frío aunque no sé qué puede disminuirlo, no quiero llevar más carga en el cuerpo porque las ropas son ataúdes, tú llevabas puesto hasta un gorro cuando cerraste los ojos, cuando me dijiste por última vez tengo frío y yo te puse mi polerón encima, más que nada para que los perros no te comieran. Funcionó, el olor los dispersó, pudiste dormir para siempre...

A veces escucho los ladridos y pienso que también me quieren comer. No los culpo, yo también tenía hambre antes de tener frío, el frío es más urgente, se mete en todos los huesos, congela la profundidad de la mente, la voluntad que lleva a uno a moverse, y cuando es mucho no puedo hacer nada más que tirarme en los cartones. Los cartones, tu segundo regalo, la única herencia real que me dejaste en este callejón, fortaleza de cartones que me protege de los perros y de la lástima de la gente, incipiente colección de cartones que yo aumento cuando veo sus colas en la basura, algún ocasional trozo de cartón en la penumbra que yo tomo para alimentar mi alma. La seguridad de un trozo de cartón me atraviesa, no tengo más certeza que esa.

Traigo todos los que pueda encontrar, los apilo junto a la pared, al lado de la basura, de manera que queden como una casa donde yo pueda entrar para quedarme tranquilo, olvidar el frío, olvidar el hambre, olvidar a los perros y olvidarme a mí mismo.

Sin darme cuenta la fortaleza de cartones ha crecido mucho, ya no distingo cuándo estoy adentro o cuándo estoy afuera, siento en todo momento la textura lisa pero a la vez frágil de los cartones, me acarician la mejilla cuando mi cabeza ya no se

puede mantener erguida, anulan mis ojos con ese color tan uniforme y plano, esa muralla que combate el frío; la siento en mi espalda, en mi cabeza, en todo mi alrededor envolviéndome, protegiéndome, yo plegado dentro de los cartones, oculto bajo sus miles de capas, los perros no pueden encontrarme, el frío sí porque está dentro de mí pero eso no importa, ya no hay interior que tenga que proteger, sólo existo dentro de los cartones, donde no hay frío ni hambre ni miedo ni nada, no hay extremidades que yo pueda mover para tocar el mundo, estoy completamente plegado aquí dentro, mi voluntad se

confunde entre los laberintos de los que formo parte, yo también soy plano, vacío, frágil, ya no sé lo que soy, no siento nada, no soy nada, sólo una pila de cartones tirados en la calle.

Miguel Ángel Saiph

Mundo Loco

Estaba sentado en el living de mi casa. Como nunca. No podía estar en mi pieza, ya que, durante la tarde la había terminado de pintar, y por ello, el olor a pintura y diluyente hacía imposible estar dentro de ella. Para más remate, mi mamá aprovechó de vaciar un tarro de insecticida en mi pieza, porque estaba empezando el verano y la araña de rincón, según mi mamá, andaba con “hambre”. Así que ahí estaba yo, sentado en el living, mirando un espacio conocido para mí, pero el cual hace mucho tiempo no me detenía a observar.

En la mesa de centro veía esos chiches o adornos de los que siempre hay en éstas, al menos los que sobrevivieron, porque recuerdo que rompí varios. Pero hay uno en particular que me llamo la atención. Un elefante blanco, de cerámica, de unos quince centímetros de altura, con el cual siempre jugaba cuando era niño imaginando que era una especie de Dios de la naturaleza y que algún mal lo había petrificado.

Yo, en mi mente, armaba toda una aventura para poder salvarlo. Recuerdo que formaba un grupo de guerreros, que eran figuras de juguete las que previamente había mejorado con armaduras hechas de tapas plásticas, pedazos de telas y alambres, que servían para sujetar las armaduras. También los armaba con lanzas que consistían en pedacitos de ramas que yo mismo pintaba, y espadas que eran alfileres que les colocaba en las manos. Varias veces me regañaron, ya que decían que me podía pinchar un ojo.

Mis guerreros sentían tal nivel de compromiso por salvar a aquel Dios petrificado, que jamás les importó perder una extremidad por haber caído de cientos de metros. Ellos, sin impórtales su mutilado miembro, seguían adelante con su misión. Dentro de este mundo que era mi casa, mi perro cumplía un papel fundamental. Él era un viajero poderoso y místico, que había alcanzado tal nivel de sabiduría que ya no intervenía en ningún designio del universo, pero como era un ermitaño, conocía todos los rincones del mundo que había en mi casa y cada cierto tiempo se les aparecía a mis guerreros en los momentos necesarios, dándoles pistas y consejos de por dónde ir pero siempre con el objeto de hacerlos más sabios.

Muchas veces, también, prestó su lomo como transporte a los guerreros para ayudarlos a cruzar escenarios imposibles y evitar peligros mortales, pero siempre con la excusa de que también era su ruta.

Recuerdo como le daba vida a mi casa; cada planta era una selva y los pinos del jardín un bosque, los cachureos que estaban en fondo del patio eran ruinas peligrosas y el auto de mi papá una nave capaz de viajar a otras dimensiones.

Justo en ese momento, cuando en mi mente despertaban aquellos recuerdos y podía sentir en la piel el viento fresco que surcaba a través de los troncos de la selva que estaba en el florero de la mesa de centro, mi papá abrió la puerta de entrada a las 9 p.m. como siempre y con su imborrable cara de

aflicción. Pero sucedió algo totalmente diferente. Al verlo salté espantado del sillón, algo siniestro vi sobre él.

En sus hombros vi con claridad una especie de gnomo desnudo, de color gris y raquítico que abrazaba su cuello con sus esqueléticas piernas. Pero este engendro que vi, tenía una característica inquietante; aquella criatura siniestra tenía el rostro del jefe de mi padre.

Mi papá notó mi reacción de susto apenas abrió la puerta. Me dijo con tono simpático: -Hola hijo, ¿Cómo le va? ¡Te asustaste poquito!

Pero en el momento en que me habló, el engendro se esfumó. Todo esto pasó en no más de dos segundos. Mi padre me dió un abrazo y un beso y se fue a la cocina, yo le sonreí por cortesía, ¿Qué más iba hacer? Preferí hacerme el desentendido, aún no podía procesar en mi mente lo que había visto de forma tan clara. Cuando me iba a parar y me convencía que tal vez el olor a diluyente y pintura, habían trastornado mi percepción haciéndome ver cosas donde no las hay. Mi papá volvió de la cocina, y en el momento en que se iba sentar con su taza de café a descansar, volví a ver sobre sus hombros a este ser, que desprendía de él un halo de diabólica maldad y con aquella característica inquietante de tener el rostro del jefe de mi padre.

En ese momento en que mi padre doblaba las rodillas para sentarse, el engendro se movió con una agilidad arácnida agarrándole su oído con sus pequeñas y huesudas manos, acercó su boca diminuta a su oreja y le dijo: -Tienes que tener listas las cotizaciones que te pedí, no olvides que la economía va en retroceso, eso te afecta a ti, no a mí, jamás a mí. Hay muchos tipos sin trabajo esperando como buitres a que caigas y que están dispuestos a trabajar por la mitad de tu injustificado sueldo, así que mejor anda a terminar la mierda que te pedí ¡ahora!

Mi papá no alcanzó a sentarse, abrió la puerta para ir al auto a sacar su notebook del maletero del auto. Se me heló la sangre, esta vez al engendro lo escuché, lo pude ver lo que duró sus palabras y cuando calló; nuevamente se esfumó.

La reacción lógica sería haberme levantado y haber maldecido del miedo, buscar la forma decirle a mi mamá que algo sobrenatural pasaba en la casa o decirle a mi papá que me sentía mal, que veía cosas, o podría haber callado simplemente y haber empezado a buscar explicaciones por google, también podría haber pedido hora al psiquiatra y empezar un tratamiento para ver que sucedía en mi cabeza. Pero no hice nada de eso. En un flechazo de conciencia o iluminación comprendí que; lo que llaman una maldición deja de serlo cuando se acepta como un regalo inesperado, acepté la locura como quien recibe a un querido amigo que no ve hace mucho tiempo, no como una maldición. Piensa ¿Por qué cuestionar lo que vi? ¿Es necesario que las cosas sean explicables para que sean reales? Yo estaba convencido de lo que vi, y si bien, pasé a ser un loco, no por ello, lo que yo veía, era una locura.

Y en ese momento de lúcida locura y reflexión, comencé sentir un peso extraño en mi rostro, algo invasivo en mi cara, algo que no había sentido jamás. Al tocar mi rostro, me encontré con la sorpresa de que llevaba puesto cinco lentes. Me los empecé a sacar uno por uno, he increíblemente cada uno de ellos les podía reconocer su dueño.

El primero eran los que ocupaba mi abuelo, el segundo eran los que ocupaba mi abuela, el tercero los que ocupaba un profesor de historia que tuve durante mi enseñanza media, el advirtió mi presencia (me limité a decirle algo a mi papá y a enfrentar a la criatura, sabía que era solo yo el que la veía) Me miró, pero cuando lo hizo, algo me impactó. Pude ver en su rostro y en su mirada una profunda miseria y vacío, podía ver como odiaba su propia existencia, casi pude sentir compasión y lástima por él, pero veía el daño que le hacía a cuarto los que ocupaba mi padre para leer, y el último lente, era el que ocupaba mi madre de manera permanente. A medida que me los iba quitando, veía cada vez con mayor claridad. Y cuando terminé de sacarme los cinco lentes, sentí como si por primera vez pudiera ver realmente, todo era nuevo para mí, hasta los colores los sentía diferentes. Podía sentir que todo tenía vida a mí alrededor, escuchaba como los objetos, plantas y hasta la misma casa murmuraba.

Me toqué el dorso de nariz y las sienes, he increíblemente podía sentir las marcas de los lentes, esos lentes que reitero, no me pertenecían. Las lágrimas me empezaron a brotar ante tan hermosa sensación. Trataba de controlar la emoción suspirando y respirando profundo para que no me vieran mis padres. Después de ello, mi papá entró con el notebook en la mano, y pude ver con nitidez y sin interrupciones a aquel engendro en sus hombros. Ahora no se esfumaba. Fue fácil concluir que todos esos lentes, eran los que no me permitían mirar esta nueva realidad, o tal vez, la auténtica realidad...

Mi papá no notó lo que me pasaba, venía totalmente desconectado de su entorno, pero yo podía ver con claridad aquella criatura. El momento en que se sentó para seguir trabajando, fue cuando ahora, la criatura mi padre, veía como frivolisaba y embrutecía a mi padre persuadiéndolo con sus funestos argumentos. No me podía permitir sentir eso por este repudiable y desgraciado ser.

Mi cabeza estaba llena de preguntas, el mundo no era como lo conocía, para mí no regían las mismas leyes que regían para otros, y no podía quedarme tranquilo consciente de lo que veía. ¿A quién podía pedirle consejo? ¿Quién podría hablarme de algo tan desconocido e inexplorado como la locura? Tomé una decisión obvia, pero aventurada. Hablaría con el ser más viejo y sabio que conozco, y que para suerte mía estaba muy cerca. Me refiero al viejo manzano de mi patio.

Crucé la casa para llegar al patio trasero, pero al llegar me di cuenta que mi mamá estaba al fondo de él regando las plantas, no la veía con claridad, pero al menos, por lo que divisaba, no tenía ningún ser extraño en sus hombros, cosa que me alivió de momento.

Me senté en una banca que está cerca de la puerta que da al patio, a esperar que mi mamá entrara a la casa. Pasaron unos quince minutos y término de regar. Mientras mi mamá caminaba de vuelta, grande fue mi sorpresa. En su tobillo izquierdo llevaba de forma inexplicable un grillete delgado y rústico del cual salía una cadena que serpenteaba como si tuviera vida. Cuando ella entró a la casa, la cadena empezó chocar las losas mientras serpenteaba haciendo chirriar el piso con un molesto sonido metálico, pero como ya lo esperaba, yo era el único que podía escuchar ese molesto ruido. Esta cadena se alargaba hasta el rincón norte del patio y terminaba en la mano de una estatua que de forma

inexplicable estaba ahí, la estatua era de acero macizo y a medida que me fui acercando pude divisar que la estatua era una anciana, y cuando al fin estuve frente a ella pude reconocer quien era. Era mi abuela materna, con su característica expresión severa y fría en su rostro. No entendía por qué su estatua mantenía prisionera a mi mamá, aunque sólo fuera una representación de ella, ya que entre ambas no tuvieron una mala relación. O tal vez, una buena relación se disfraza y oculta los males esenciales que una persona puede transmitir a otra.

Antes de formular cualquier hipótesis, preferí seguir a mi madre esquivando el movimiento de serpenteo que hacía la cadena y me di cuenta que una vez que llegaba al jardín, la cadena se tensaba y ella sin darse cuenta volvía inmediatamente con una expresión de miedo a la casa. Fue curioso, ya que hasta ese momento no me había dado cuenta que mi madre podía pasar un mes sin salir de la casa, y las pocas veces que salía siempre se quejaba de algo o tenía una excusa para volver pronto.

Después de haber visto y analizado esta lamentable escena y sabiendo que no podía hacer nada, me dispuse a ir nuevamente donde el antiguo manzano de mi casa. Atravesé la casa nuevamente y me fui acercando con cautela hacia él. A medida que me aproximaba, podía admirar la grandeza transmite. El hecho de tener más de ciento veinte años en pie, y que los años lo transformen en un organismo cada vez más fuerte y robusto, protegido con una corteza la cual es como una armadura de acero forjado, como las mejores que ocuparon los caballeros medievales y estar coronado con una corona de hojas de un verde luminoso y llevar como perlas en las ramas manzanas rojas como la sangre, era algo que simplemente me estremecía de niño. Cuando llegué a sus pies, lo saludé con respeto pero no respondió, me acerqué, lo toqué con mi mano, pero no respondió, le grité temeroso, pero no respondió. Mi frustración fue grande, pensé que tal vez había sobrestimado mis capacidades y que era vanidoso de mi parte querer que a voluntad este loco mundo me hablara.

Estas vivencias surrealistas provienen de algo que está más allá de mi comprensión ¿Cómo podría sobrevivir viendo todas esas imágenes? Solo era cuestión de salir de mi casa y comenzar a ver manifestaciones extrañas y ya no sólo en mis padres, sino en otra gente también. ¿Qué tendría que hacer al ver el mundo acosado por sus demonios? ¿Cómo podría ayudar a tantos? si tampoco sé que hacer con mi propia gente. No es simple, no puedo llegar y decirle a alguien que sobre él, veo que monta un engendro que se alimenta de los miedos que ha puesto su jefe sobre él y que su propio demonio vive solo en su mente, alimentándose y consumiendo su vida. O decirle también, que en su tobillo lleva encadenada la neurosis y miedos que ha puesto su madre sobre ella, y por eso vive encadenada a su casa sin querer salir y enfrentarse al mundo, a la gente, a la vida. No puedo afirmar otra cosa. Todo lo que comencé a ver ese día eran simplemente demonios propios de mis padres, y el resto de la gente también los tendría de igual o peor manera.

Ahí entendí todo ¿era realmente yo un loco, o lo era todo el resto por convivir con demonios a los cuales jamás se enfrenta a pesar que éstos no tienen ni la mitad de fuerza y poder que ellos?

Tal vez, simplemente, yo y algunos pocos, somos los realmente cuerdos. Es la sociedad la que vive y se ha acostumbrado a un estado de locura permanente y no es capaz de ver que lo que los mata y

destruye está en su propia nariz, y que todo ese mal se ha mimetizado con el paisaje de lo que llamamos normalidad y vida cotidiana. Es esa inocencia y sabiduría incipiente que nos da la niñez el estado de mayor cordura que jamás tendremos. La verdadera sabiduría de la vida es la que jamás buscamos, sino la que siempre hemos tenido, pero que olvidamos a medida que vamos creciendo. Quitarnos y ocultar ese don primigenio, es la verdadera locura. Al menos eso es lo que cree, este loco al que están leyendo. En ese momento en que las respuestas llegaron hacia mí, una manzana cayó sobre mi cabeza. Y el manzano con voz grave dijo; -Eso es lo que he estado tratando de decirte todo este tiempo.

Me sobé la cabeza y le sonreí, él me sonrió de vuelta con su quebrada sonrisa de árbol viejo. Sólo le hice una reverencia y me retiré. Ya no tenía más preguntas...

La verdad si, por ejemplo ¿Cómo poder ayudar a la gente? ¿Alguna vez encontraría alguien como yo? Pero sé que todas esas respuestas llegarán en su momento. No soy tan loco como para pensar que todo se resuelve en un día. Sólo algo me afligía y me daba pena, y no era que el Dios de la naturaleza aún seguía petrificado, ni tampoco que mis guerreros no quisieran seguir con su misión, eso era imposible. El problema era que el viajero, el cual era un gran místico y mi fraterno amigo, se había ido hace dos años de esta tierra y me hubiera encantado hablar con él.

Edu Córdova.

No sé Por Qué

Señores utilizo este medio para denunciar que en el pabellón 29 de este loquero llamado El Borda me han sido sustraído elementos de valor incalculable y que paso a enumerar: Un paquete de yerba de 500 gramos que muy mucha falta me estaría haciendo, sobre todo por las mañanas. Un par de medias que muy lindo estaría ir recuperando sobre todo por las noches que es cuando las sombras ganan el patio y yo me quedo mirando los trenes pasar.

Si yo quisiera podría irme. Pero no. Podría ganar la puerta o saltar los muros, cruzar las vías y perderme en La Boca, en Barracas, en el Parque Lezama. Pero no. Ya no. Ajuera es peor. Y ya sé que tarde o temprano me han de regresar aquí. Si aquí soy Emiliano ajuera soy nadie. Aquí tengo un techo y una camilla para dormir. Afuera hay una plaza bonita. El otro día me castigaron porque en las visitas invité a muchos chicos a jugar. Parece que no se puede. No sé por qué.

Día por medio temprano nos levantamos y hacemos pan. Eso sí que me gusta. Me gusta amasar, me gusta el olor, me gusta ver salir el pan dorado y me gusta que todos coman.

Nosotros, los enfermeros, los médicos, los que limpian, las visitas. Me gusta compartir. No sé por qué.

Hoy vino la policía. Yo creí que venían a matarnos a todos nosotros porque venían armados como pa la guerra. Manga de sin vergüenzas hijos de puta. Querían tirar abajo nuestro taller donde horneamos. No sé por qué. Le han pegado a gente que nos cuida, que nos enseña a hacer pan y facturas, a hacer muebles, a tejer. No sé por qué, pero así nomás fue. Le han pegao a gente buenaza y eso no se perdona. No se perdona ni se olvida. Yo soy loco y nunca le pegé a nadie y si no nos hubieran encerrado para protegernos les hubiera hecho frente. No hubiera ni dudado ni un segundo en defenderlos y que me maten. Que me maten esos cobardes, mala gente, basura, hijos de mil puta.

Seguro que ellos no saben hacer pan y compartirlo.

Eusebio Rubianes

Pabellón F

Una vez más caminaba por el pasillo principal de la Clínica Psiquiátrica en dirección al pabellón F. Avanzaba como un zombie, cargando el cansancio y la tortura de tantos años de lobotomía química y daño neurológico que el Haloperidol y un sinnúmero de psicofármacos operaban en mi cerebro.

Me sentía seco y sin vida, totalmente inerte, insensible a todos los estímulos, excepto la opresión satánica que cual máscara de hierro apretaba fuertemente mi cabeza. Venía periódicamente a una cita con el psiquiatra jefe del pabellón de hombres, lugar que conocía muy bien por haber estado internado en dos ocasiones.

Como era habitual, me cruzaba con las mismas personas e imágenes que se sucedían en cámara lenta, las mismas paredes grises, las mismas doctoras que salían, una, de la oficina de la dirección, otra, del pabellón del hospital de día, siempre indiferentes, de miradas perdidas y rostros vacíos, que pasaban raudas por mi lado volteando la cara con no poco desdén, esfinges sin secreto, sonámbulas que dormían sus propios sueños banales.

Me resultaba curiosa la pulcritud casi neurótica de los pisos, con sus baldosas grises y brillantes, casi asépticas, como las blancas batas de los psiquiatras, en particular del jefe del pabellón F, que contrastaba con su poblada y cuidada barba negra y sus gruesos lentes, era además inconfundible su origen árabe-semita y evocaba míticos patriarcas del Antiguo Testamento y otras evocaba contradictorias influencias freudianas.

Por fin me hizo pasar a su oficina, pero no antes de una larga espera, su habitual cortesía y formalidad contrastaba con una suerte de encanto personal que era sin duda el gesto profesional propio de alguien listo y entrenado para negociar y seducir.

Todo el ritual de la consulta era un mero trámite. No obstante el laconismo del psiquiatra y sus altos honorarios, yo no podía evitar pensar que esa eminencia de la psiquiatría farmacológica me hacía un gran favor y debía sentirme afortunado por concederme algunos minutos de su valioso tiempo y presencia y extenderme una receta con su pomposa firma.

Con todo, no pude evitar hacer una pregunta con la velada esperanza de recibir una respuesta, por lo menos una palabra de aliento, un consejo. El psiquiatra me espetó escuetamente:

-Yo no estoy aquí para hacer vida social, estoy aquí para curar la esquizofrenia...discúlpame.

Al despedirse, sonriente como siempre, el silencio y el mutismo del ambiente era interrumpido solamente por el temblor y el sufrimiento sordo de otros pacientes que esperaban su turno soportando el mismo tormento químico sin sentido.

Al salir de la Clínica, caminé errante por las calles con una indefinible tristeza, un sabor amargo me impedía tragar, me acordaba del salmo de David y me imaginaba tener alas y huir al desierto en el norte, donde el sol aliviará mis tormentos y las arenas calientes me cubrieran y escondieran del frío y del escarnio, me sentía como el rey David

en ese salmo 55, estaba bloqueado, los estertores de la muerte hacían presa de mí, mi rostro y mi mente se cubrieron de confusión, al fin desesperado me detuve e hice una pregunta a los cielos, a Dios, al único que podía darme una respuesta, al Dios de la Biblia, Jehová de los Ejércitos:

-¿Por qué lo que tengo para pensar, no lo tengo?

De pronto gire mi cabeza enfrente de mí se abrió en el aire como una visión, una especie de ventana donde podía ver la espalda de un demonio que corría gritando a gran voz, era como un lagarto basilisco que extendía sus grandes aletas alrededor de su cuello y gritaba como un varraco, despavorido, como si mi pregunta lo hubiese espantado del todo y huía y huía hasta esconderse dentro de unas casas.

Quedé asombrado, seguí mi camino, pero esta vez una irrefrenable emoción embargó mi alma, no pude evitar un llanto que brotaba como un mar de lágrimas que caían de mis ojos y bañaban mi cara, lloraba y no sabía por qué, pero en mi interior sí lo sabía, no con palabras, tenía la absoluta certeza de que Dios me sanaría y me sacaría de las mazmorras de la psiquiatría, respiré profundamente, como si me hubiesen sacado un gran peso de encima, miré con gratitud hacia el cielo, el sol brillaba refulgente más hermoso que nunca.

Borsalino

Programa tu cabeza II

¿Qué? ¿Qué esperabas? ¿Cordura? ¿Esa que me atiende de manera esporádica? ¿Esa que tengo que esperar mi turno con pastillas de inflado precio para así esperar nuevamente mi turno? ¿Mi turno donde espero en una salita de estar rodeada de gente que ve más que yo? ¿Y a qué me refiero con eso? Amigos, queridos amigos, tomad asiento. Bajé la mirada, nerviosa. -Mentira, tomé una pastilla para los nervios antes de venir.- Y simplemente, miré mis dedos, destrozados de manera permanente para cuando vine por primera vez a su consulta del doctor Cordura y yo, de manera alegre -¿Alegre? No lo sé, el miedo me ahorcaba con sus delicadas manos de cristal, quizá así no logró hacer mucho, pero, sí, eso quería hacer, hacerme desaparecer.- miré mis pares, uno que otro contando las líneas del piso, mientras otro reía de manera esporádica ante un chiste de mal gusto. Sonreí. Tenía el don, Esa capacidad de ver más allá y escuchar lo inaudible para los pacientes ya tratados por el doctor Cordura. Suspiré. Una sonrisa adornaba mi rostro, de oreja a oreja, mientras mi pobre lengua cansada de no hablar hace mucho revoloteaba entre mi dentadura. No, no hablé, no miré, no reaccioné.

-¿Problema? ¡Ajá! ¡Así que ese era el problema!- Dijo exaltado el doctor Cordura. No, no lo sé realmente. Mi mirada yacía escondida ante ojos ajenos pero vivita y coleando ante mis espasmos, esos que de vez en cuando atacaban mi espalda y asustaban a cualquiera que me rodeara, bueno, ellos me rodeaban, para mi no existía nadie.

Dedos entrelazados, gotas de sudor bañando parte de mi rostro y piernas temblorosas. Doctor Cordura decidió atacar.

¡Oh, pastillas! ¡Benditos electrochoques! ¡Hola, terapia! Doctor Cordura sonrió satisfecho, él sabía ya, sabía que era mi primer paso a un mundo que yo no conocía, normalidad, oh, normalidad....

¿Chocante, no? Un mundo donde uno piensa, actúa y manos a la obra.

No, no me gusta, lo siento.

Artificial.

¿Qué? ¿No te habéis dado cuenta? Es el fin, normalidad, pastillas, terapias, amigos en-tre-cor-tados.

Opresión, Anarquía mental. Destruyamos nuestro propio imperio, ese donde domina el presidente

llamado Cordura (Hay gente que especula que es doctor, no lo sé, quizá me atendí con él, lo siento, los electrochoques me borraron la memoria.) y rompamos nuestros limites.

Esas paredes que tanto buscamos, ¡Vamos! ¡Romperlas! Tanques, Bombas. ¡Y LLEGA MÁS ALLÁ!
Donde el miedo domina. Y con nuestras espaldas contra el muro.

Yo solo quiero mis principios

Barrett

Temperatura

El suelo era brillante, de tal modo que la luz, al reflejarse sobre él, formaba dibujos sinuosos, curvos, circulares, concéntricos, que se iban diluyendo a medida que la vista los recorría, y al desaparecer, un zumbido casi inaudible escapaba de su disolución, afectando la concentración en la seguidilla de reflexiones, hasta acabar con el ritual por excesiva saturación de ruido escondido en el despliegue. Miraba el suelo todo el rato que podía, variando las posiciones que adoptaba hacia el piso o sobre él, procurando retomar una y otra vez el hilo perdido por influencia del ruido, hasta que me hastiaba de este quehacer y me largaba al patio a aventurarme en otras actividades, esperando el momento en que me sentía suficientemente aliviada del zumbido, y volvía a entrar en la casa, para meterme nuevamente en el exquisito juego de mirar el piso y las caprichosas formas que sobre él se gestaban. Dado que era niña y vivía entre adultos, esta actividad a la que tan dedicadamente me consagraba, no guardaba ningún interés especial para mis familiares o para mí misma, ni entonces ni ahora. Y así hubiera sido siempre si un día no hubiera interferido en este ritual un elemento inesperado y de magnífica calidad impresionante: entre los intersticios del parquet, lustroso y brillante como siempre por las atareadas tardes de encerado de mi abuela y mi madre, sentí primero, y vi luego, aparecer una extraña bolita plateada, pequeña como una cabeza de alfiler, que interrumpió en mi retina con un sonido tanto más espeluznante que el zumbido habitual que hacían al retirarse de la vista las formas reflectadas sobre la madera que recorría con los ojos mareados. Un grito calamitoso fue emprendido desde este descubrimiento, y aunque no recuerdo haberlo emitido, mi madre y mi abuela llegaron a mi lado en cosa de segundos. Ellas, que jamás me daban más atención que las comidas y baños de rigor, aparecieron a mi lado de un salto y me atacaron con preguntas respecto al ruido ensordecedor que acababa de estremecer la casa entera.

Me eché a llorar, ya que nada podía decirles, y el horror que aparecía en sus caras me asustó casi tanto más que el inesperado encuentro con la bolita plateada. Calmaron su insistencia, pero siguieron inquiriendo por el origen del ruido; ante ello, paré de llorar en forma paulatina, y con el índice pequeño indiqué mi hallazgo sobre el suelo. - ¿Se habrá quebrado el termómetro? -preguntó la una a la otra. Retuve la información sin entenderla. La bolita plateada había añadido un incalculable freno a mi actividad habitual de seguir con la mirada las formas que se dibujaban sobre el parquet lustroso. Después de tamaño incidente, no estaba en mí la opción de largarme al patio; no, el asunto tenía que ser resuelto de otro modo, y más tarde, cuando ya me creía repuesta, me puse a gatear lentamente, con la cabeza hacia la mampara que dejaba entrar la claridad del día, adivinando que las bolitas plateadas nunca vienen solas de a una, y a poco andar confirmé mi sospecha, dándome de narices con otras dos bolitas, una más grande y otra más pequeña que la primera que había encontrado.

Dos chillidos eléctricos surcaron la casa, pero nadie más pareció escucharlos en esta ocasión. Nuevamente me paralicé.

No deseaba tocarlas, pero cediendo a una morbosidad que jamás había experimentado, estiré mi dedo en dirección a los corpúsculos desconocidos, hasta dar con la superficie tensa y líquida del mayor, que sin moverse pareció girar sobre sí mismo, generando todo tipo de ruidos a baja escala, lo que me hizo sentir mareada.

Entonces presioné directamente sobre la bola más grande, la que se dividió en dos, y luego en tres, quedando ante mí cinco pequeñas esferas plateadas muy instaladas sobre el que yo consideraba mi suelo. Esta creencia de que aquel suelo era mío provenía sin duda de un egoísmo infantil fácil de comprender, y a todas luces era un problema mayor el hecho de que, sobre la superficie que me confería existencia y realidad, aparecieran así nada más bolitas plateadas sonoras que, como si fuera poco, se dividían en otras, aumentando su número por mitosis y disminuyendo su tamaño.

Aterrada, me levanté, y fui a encerrarme en mi pieza, donde sufrí largamente el tormento de saber que, en adelante, no podría dedicar las largas tardes de mi vida a deslizarme con los ojos por el reflejo críptico de la luz en el parquet. Aquella noche me acosté sintiéndome muy enferma, pero nadie pudo corroborar que fuera presa de alguna fiebre, ya que el termómetro parecía haber desaparecido del universo. No fue sino hasta meses más tarde, cuando ya había abandonado el hábito de escudriñar el suelo, espantada por la proliferación de bolitas, que caí en cuenta de que había una conexión evidente entre las palabras de mi madre y mi abuela, que ante las esferas plateadas preguntaban por el termómetro, la aparición de las mismas, y la desaparición comprobada más tarde de dicho implemento médico. Pero ningún análisis emprendido por mi mente lograba responder en forma coherente a la pregunta por la relación entre estos hechos, en apariencia tan dispares, pero tan obviamente conectados, a la luz de las evidencias. Entonces decidí revisar, palmo a palmo, el suelo de parquet de la casa. Todo parecía estar en orden: el piso brillaba, la luz se reflejaba, ondulante, las formas perdidas se retiraban con un zumbido, el zumbido me agotaba y me obligaba a dejar y reemprender una y otra vez la prospección exhaustiva que estaba llevando a cabo. Después de horas de agotadora búsqueda, pude comprobar que no había en el suelo bolitas plateadas: en toda la casa, no fui capaz de dar con una sola de ellas. Entonces esperé a que fuera de noche, y a la hora de ir a la cama, me quejé ante mi madre, haciéndole creer que me sentía seriamente enferma, y procuré poner la peor cara posible, de tal suerte que ella se preocupó, en efecto, y subiendo la voz pidió a mi abuela que llevara el objeto de mi interés. - ¡Mamá, tráigame el termómetro por favor! Al poco rato llegó mi abuela blandiendo el cilindro de vidrio entre los dedos. Desde luego, no tenía fiebre, pero había conseguido comprobar que, habiendo termómetro, no había bolitas plateadas en el suelo. Me sentí salvada, ungida por un beneficio más allá de lo humano: ahora que el enigma había revelado sus regularidades, podría volver a viajar por los reflejos circulares y caprichosos de mi brillante suelo, pero tendría que tomar las medidas del caso: el abandono de tan querida práctica había vaciado un poco mi vida, y el temor de volver a encontrarme con una de esas esferas chillonas, capaz de reproducirse hasta el infinito por mera bipartición, me había alejado de todo intento de retomar el hábito. Pero, como nada es nunca tan fácil, primero debía juntar dinero un tiempo, antes de poder llevar todo de vuelta a su estado

anterior. Los tíos que iban de visita los domingos solían darme monedas, que generalmente yo perdía por descuido, desde que el dinero no se había revelado hasta entonces como portador de interés alguno. En adelante, cuidaría esas monedas y las atesoraría. Busqué entre los objetos apilados en el cuarto de atrás una caja que me sirviera para tales fines, y por varios meses más, estuve 3 juntando en ella el dinero que de vez en cuando llegaba a mis manos. Entretanto, crecía mi expectación por el día en que pudiera reencontrarme con mi querido ritual ya sin temores; inclusive el sufrimiento de la abstinencia había desaparecido, ya que mis horas tenían nuevamente un sentido: el de esperar el momento en que los tiempos estuvieran maduros para volverlo todo a su estado normal. Así, un buen día conté el dinero que había reunido. Superaba con mucho lo que yo hubiera imaginado que se podía llegar a tener.

Aprovechando un momento en que mi madre y mi abuela se encontraban encerrando las habitaciones más alejadas de la casa, acometí la temeraria apertura de la mampara, para luego encontrarme cara a cara con la puerta. No iba a permitir que aquella mole de madera opaca me detuviera, así que la abrí también, atravesé el jardín corriendo hasta que el corazón parecía querer salirse por mi garganta, abrí la pesada reja y me vi ante la calle, con el montón de monedas pesándome en el bolsillo del delantal. Conocía muy poco el barrio, pero sabía que el comercio se ubicaba hacia la calle principal, a pocas cuadras de allí. Una vez que me vi ante la hilera de tiendas,forcé mi imaginación hasta entender que lo que necesitaba era una farmacia.

Recorrí los frontis de los negocios hasta dar con uno de apariencia especialmente blanca, por dentro y por fuera: sin duda era ella, la farmacia donde había acompañado una vez a mi madre, que debía comprar remedios para mi abuela enferma, la que, dado su estado, no podía quedarse sola en la casa conmigo. Entré, me aproximé al mesón, desde donde me miraban unos lentes enormes, tan enormes que era imposible reconocer lo que había detrás de ellos, y empinándome sobre la punta de los pies, saqué las monedas de mi bolsillo, y dije a los lentes: - Deme todos los termómetros que alcancen. Los lentes sacaron de alguna parte un par de manos, que ágiles contaron las monedas, y me ofrecieron a cambio la suculenta cantidad de siete termómetros, nuevecitos, fascinantes como sólo puede serlo la visión del agente de la salvación total. Tras ponerlos en mi bolsillo, volví corriendo a la casa, abrí la reja, atravesé el patio, empujé la puerta que había dejado entreabierta, giré la manilla de la mampara, y me encontré nuevamente en el hogar que volvería a regalarme la delicia de su suelo impecable y la sinuosidad zumbante de sus dibujos de luz. Segundos más tardes, mi madre apareció en la sala. - ¿Y tú, qué te habías hecho? Te estuve buscando hace un rato. - Estaba en la pieza, mamá. - Bah, qué raro. Te llamé desde el patio.

En fin, no me habrás escuchado. Y tan pronto como se fue, procedí a la delicada tarea de esconder cada uno de los termómetros en diversos rincones de la casa que sólo yo conocía, de tal suerte que, con toda seguridad, siempre habría, en alguna parte, un termómetro escondido, conteniendo la pujanza insistente de las bolas plateadas por aparecer sobre mi suelo. Una vez concluida mi obra, me lancé de bruces sobre el parquet y, con infinita delicia, pude volver a recorrer las formaciones

ondulantes, sinuosas e imprevistas que se formaban sobre el espejo del piso perfectamente encerado de mi hogar.

Matiasa Aymani

¡Yo no fui, loco!

Estaba en una fiesta de locos que la organizó un loco al que conocí hace mucho tiempo. Llegué como loco que soy, y ahí estaban los locos y las locas en su locura loca; los locos andaban por un lado dándose las de locos, y las locas en su misma onda loca. Yo andaba como todo buen loco compartiendo la locura con otros locos y las demás locas, tomando su loco borgoña y una más que loca baltiloca (por favor, y perdón por esta ruptura de la cuarta pared, pido a Ediciones Arriba del Pegaso que edite esta parte de la baltiloca). Todo era bien loco, pero tranquilo. De repente, veo que un loco me miró feamente loco y me dice a lo loco:

- Oye loco, ten cuidado. Ensuciaste el mantel con el loco borgoña, loco.

-Pero si yo no lo manché, loco – Le dije.

-Eso está por verse – Me dijo. - ¡¡¡OIGAN, LOCOS!!! ¡¡¡EL LOCO TIRÓ EL BORGOÑA A LO LOCO EN EL MANTEL LOCO!!! – Estrepitó locamente el loco.

Y veo que los locos y las locas dejaron de hacer sus locuras y se dirigieron locamente hacia mí. “Oye, loco, admite que lo hiciste”, “No te hagas el loco, loco”, “Si tú fuiste pues, loco”, “¿Para qué niegas a lo loco tu fechoría?”; eso fue lo que le entendí a los locos y las locas que me apuntaban con sus locos dedos hacia mi loca cara. Intenté correr a lo loco, pero un bailarín loco me detuvo.

-No puedes arrancar a lo loco de acá, loco – Me dijo mientras bailaba locamente. – Sólo admítelo, loco. Y una monedita para mi locura, loco.

-¡¡¡JAMÁS!!! – Le grité locamente.

Por más que quería huir de la gente loca, y del loco festín, había más locos que comenzaron a rodear las locas paredes, bailando locamente ese loco baile para no dejarme salir. Sólo atinaban a decir unísonamente a lo loco: “Nya Nya Nya Nya Nya Nya, este loco es un loco y se hace el loco por el mantel que manchó con el loco borgoña”.

Aprovechando el descuido de una loca que quería abrazarme y besarme locamente, atiné a correr locamente hacia el loco exterior, y vi a una loca muchedumbre que estaba persiguiéndome sin tan siquiera un loco motivo. De pronto, recordé que debía comer algo loco y dulce, así que logré eludir a la loquedumbre y pude entrar a una botillería manejada por 4 locos y 4 locas. Estaban de espaldas, y le pedí a los locos que me dieran un dulce loco. Pero, la locura fue más fuerte.

- ¿Y qué estás haciendo arrancando a lo loco por tus locuras, loco? ¡¡¡LOCO MANCHA MANTELES!!!

Y de repente, los locos dueños me miraron lascivamente con sus ojos locos. Y pude ver loca y horrorizadamente sus ojos locos salidos y con sus venas locas brotando de los mismos. Hui como loco que soy y pude quitarles el loco dulce que quería comprar con mi loco dinero. Corría, corría y corría, y corría y repetía el mismo diálogo de este cuento.

Ya jadeaba como loco, y de repente siento una especie de aullido loco, y noté que un perro loco me estaba persiguiendo. Le di uno de los locos dulces que compré y se lo comió de un loco mordisco, y se volvió más loco. Cuando creí perderlo, de pronto aparecen más locos y locas gritando como locos.

- ¡Paga por tu loca fechoría, loco mancha manteles! ¡Loco asesino de los manteles locos! ¡Tu loca mamá está más loca que tú! – Dijeron al loco unísono.

Y como locos zombis, aparecieron uno tras otro hasta ocupar las locas calles. Y todos con unos palos locos, locos trapos y locas trompetas, comenzaron a acecharme en esa fría y loca noche. Llegué a una plaza de locos y ya estaba rodeado. No podía escapar. Se detuvieron un rato observándome mi locura y al mismo tiempo comenzaron a atacarme. Y sólo atiné a gritar locamente.

- ¡¡¡¡¡AAAAAAAAAAAAHHHHHHHHH!!!! – Atiné a decir. Después, todo pasó a negro.

- ¡Oye, loco. Despierta! Me asustaste. Sólo fue una locura de pesadilla – Me di cuenta que alguien me estaba moviendo. Estaba dentro de un living, y al fijarme en ese loco detalle miré a mi loco alrededor. Logré divisar a mi loco amigo a mi loco lado izquierdo. Al instante, recobré mi locura (sentido no cuenta en este cuento, y ya va mi tercera ruptura de la cuarta pared) y me di cuenta que estaba soñando una locura.

- Oye loco, no te imaginas lo que soñé anoche. – Le dije. Le conté sobre mi locura de sueño (o loca pesadilla). No se la creyó.

- Ni te la compro ni de oferta. Te dormiste después de tomarte tu tercera baltiloca, loco – Me dijo. Quedé estupefacto.

Veo que mi amigo loco va al patio loco de su loca casa.

Veo que toma un mantel a lo loco, regresa al living y me mira más locamente que de costumbre.

- Oye loco, lava el mantel que manchaste a lo loco con el borgoña que tomaste a lo loco anoche – Me dijo.

- ¿De qué hablas?- Le dije.

- Todos vimos y sabemos que TÚ manchaste este mantel, loco. Ahora, ve a lavarlo con el limpiador loco – me encaró.

- ¡Yo no fui, loco! – Le aseguré.

- ¿Crees que no, loco? - Me dijo con una mirada loca y malvada, y se empezó a reír loca y malvadamente.

Y de pronto, aparecieron todos los locos y las locas que vivían en el loco barrio donde fue la loca fiesta, con locas trompetas, locos palos y locos trapos, riéndose tan loca y malvadamente como mi amigo loco, y todos se abalanzaron locamente hacia mi loca persona.

- ¡¡¡¡¡AAAAAAAAAAAAAAH!!!!!!

FIN. El Marto

Cuéntanos tu locura
Compilación

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre del 2015
en los talleres de
Arriba del Pegaso Ediciones

Facebook: Arriba del Pegaso Ediciones

Tiraje inicial de 50 ejemplares

n° _____